1952

Catalina Howard.

CATALINA HOWARD,

DRAMA EN CINCO ACTOS

ESCRITO EN FRANCÉS

POR M. ALEJANDRO DUMAS:

traducido al castellano

POR

Don Narciso de la Escosura.

LIBRERIA DE
CARRETAS 9 MADRID

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Febrero de 1846.

PERSONAS.

Enrique VIII, *Rey de Inglaterra.*
Ethelwood, *Duque de Dierham.*
El Conde de Sussex.
Sir Scot Thirlstane, *embajador de Jacobo V.*
Sir Tomas Granmer, *arzobispo de Cantorbery.*
Jacobo Fleming, *alquimista.*
El Lord Chambeland.
El Presidente de la Cámara de los Pares.
El Duque de Norfolk, *teniente general.*
El Verdugo.
Un Ugier.
Un Guardia de la Torre de Londres.
Catalina Howard.
La Princesa Margarita.
Kennedy, *nodriza de Catalina.*
La Duquesa de Rokeby.
La Duquesa de Oxford.
Pages del Rey.
Un Page del Duque de Dierham.
Caballero.
Damas de Honor.
Guardia del Rey.
Caballeros Escoceses de la comitiva de Sir Scot.
Un Capitan de la guardia.
Gentes del pueblo.
Heraldo del tribunal.
Un Pregonero.

La accion pasa en Inglaterra en 1542.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima.

ACTO PRIMERO.

Primer Cuadro.

Sir Scot de Thirlstane.

Sala de recibimiento del palacio de White-Hall.

ESCENA PRIMERA.

EL LORD CHAMBELAND, *esperando á que se levante* EL REY. EL DUQUE DE NORFOLK. *Entra despues* SIR TOMAS CRANMER.

Duq. Sir John.
Lord. Señor?
Dup. Dónde está Su Gracia?
Lord. En su aposento con milord gran canciller.
Duq. Ha habido alguna variacion en el ceremonial de esta mañana?
Lord. Ninguna, milord.
Duq. Gracias por la noticia: esperaré á que salga el gran canciller. Saludo al señor arzobispo de Cantorbery. (*Al arzobispo, que entra.*)
Arz. Os correspondo, milord.
Duq. Qué noticias hay de Roma, señor arzobispo?
Arz. Qué noticias hay de Escocia, milord teniente general?
Duq. Seguimos siempre indispuestos con su santidad?
Arz. Seguimos siempre mal con el rey Jacobo?
Duq. Tan mal como lo está el Arcangel San Miguel con Satanás. Sabeis que el rey volvió de York antes de ayer. S. G. ha pasado alli seis dias esperando en vano al calavera de su sobrino, que al cabo de este tiempo le ha enviado á decir que no iria, dando, no sé qué

611295

mala disculpa: el rey ha vuelto furioso á Londres.

Arz. Las noticias de Roma, no son á la verdad mas lisonjeras que las de Escocia.

Duq. Escomulgados siempre, no es asi? Rey, reino, nobleza y pueblo?

Arz. Sí; pero bien sabeis que nada le quedamos á deber á San Pedro. Una asamblea de 19 prelados y 25 doctores declaró ayer nula la dominacion del papa, sin reconocer en él mas poder que el espiritual, ni otro título que el de obispo de Roma, proclamando al mismo tiempo al rey Enrique VIII de Inglaterra por gefe supremo de la religion. Mucho me temo, milord, que esto sea como una declaracion de guerra á muerte al rey Jacobo.

Duq. Menos peligrosa, sin embargo, convendreis en ello. Los rayos del Vaticano no derrocan ya los tronos.

Arz. No, pero encienden aun las hogueras.

Duq. (*Con aire sombrío.*) Sin contar con que este viento de guerra que nos sopla de Escocia no es el mas á propósito para apagarlas. Señor, Jacobo V es el apoyo de la escomunion del papa, y ésta el pretesto de la declaracion de guerra de Jacobo; porque, no os equivocais en lo que decís, su casamiento con María de Guisa, y la aceptacion del título de defensor de la fé, que le ha dado Pablo III, son una verdadera declaracion de guerra.

Lord. Silencio, milord: me parece que el rey habla alto.

Duq. Aqui está la princesa Margarita.

Arz. Quién es ese caballero jóven que la acompaña?

Duq. El conde de Sussex, que viene de Francia á recoger la herencia de su padre y á ocupar el puesto que su muerte ha dejado vacante en la cámara alta.

ESCENA II.

DICHOS. LA PRINCESA MARGARITA. EL CONDE DE SUSSEX. DAMAS *y* CABALLEROS DE LA PRINCESA.

Sus. Cuando vi por la primera vez á la duquesa de Etampes en la corte del rey Francisco I, llevaba un vestido de la misma tela que el de V. A.

Marg. Teneis buena memoria, milord, y os haremos, si S. G. nuestro hermano y rey lo permite, director de nuestro tocador; este vestido viene efectivamente de Ultramar; Enrique lo ha recibido entre otros presentes que le ha enviado el rey de Francia, en prenda de buena amistad, y él me le ha dado con igual título... A Dios, señor arzobispo de Cantorbery: á Dios, milord. (*El duque y el arzobispo se inclinan.*)

Sus. (*Despues de saludarles ligeramente.*) En prenda de buena amistad, decís?... Eso es lo que me desespera, señora; nosotros nos prometiamos no obstante, de acuerdo con los S. S. de Montmorency y de Guisa, que esta buena amistad no duraria siempre.

Duq. Cómo, quereis malquistarnos con la Francia, conde?

Sus. Haremos cuanto se pueda para ello, milord teniente general: nuestros vecinos tienen sobre el corazon la jornada de las espuelas; y el apeadero que conserva en Calés el rey Enrique, les hace esperar que no tardará en atravesar de nuevo el mar para ofrecerles el desquite.

Duq. Por desgracia, milord, creo que el rey tiene en este momento otra ocupacion que le impedirá tomar parte en vuestras miras políticas, por mas profundas y ventajosas que sean. Pero los S. S. de Montmorency y de Guisa pueden pasar la mar á su vez, y creo aun que dos espadas tan valientes y leales como las suyas no serán mal recibidas hoy en la corte del rey Jacobo; y como espero, milord, contaros en el número de los gefes del ejército que conduzco á la frontera, podreis aprovechar esta buena coyuntura, si quereis renovar con vuestros amigos á las orillas del Tivede el conocimiento entablado en las del Sena.

Sus. Se hará como decis, señor duque, si Dios ó el rey no lo impiden. Hay un antiguo proverbio inglés que dice, que siempre que en nuestra isla dos hojas de espada brillan al sol, no hay mas que mirar al costado del conde de Sussex, para encontrar una vaina vacía.

Arz. Ese es, como decis, un proverbio antiguo, tan antiguo que ya pocos se acuerdan de él.

Sus. Hubiera vuelto á recordarse, milord, á haberme

yo hallado en Inglaterra cuando el proceso de la desventurada Ana Bolena; y acaso hubiera sido mejor que me hubiese encontrado, no diré por mi honor, que á Dios gracias no habia menester este nuevo blason, sino por el del rey mi señor, y el vuestro, al que quizá hubiera yo evitado una mancha.

Arz. Si mal no os entiendo, milord, lo que quereis decir es, que hubierais defendido á la reina.

Sus. Sí señor, y de dos modos.

Arz. Se pueden saber?

Sus. En el parlamento, de palabra.

Arz. Y si el rey os hubiese impuesto silencio como á mí me lo impuso?

Sus. En el campo, con mi espada...

Marg. Milord, os olvidais que estais hablando de Enrique, que es vuestro rey, delante de mi, que soy su hermana...

Sus. Perdonad, señora; pero vi á V. A. tan distraida, que no crei que pudiera oirme.

Marg. Milord, desde que Dios concedió á mi hermano la gracia de tener un hijo perdí toda esperanza de sucederle en el trono de Inglaterra, y por consiguiente todo deseo de ocuparme en los asuntos políticos y de guerra. Creed que en el caso contrario hubiera oido con el mayor interes la belicosa discusion que habeis entablado con el señor arzobispo.

Sus. Ah! Señora, si las palabras que acabo de pronunciar, aunque de poco momento, hubieran salido de la boca de algun otro que yo pudiera nombrar... V. A. seria en este momento una rebelde, porque me temo mucho que por enterarse de los asuntos políticos y de guerra, se hubiera olvidado hasta de la existencia de su sobrino el príncipe Eduardo.

Marg. Milord, yo no sé si la hermana de Francisco I permite á los caballeros franceses hacer en su presencia semejantes observaciones, pero lo que sé muy bien es, que si estas se repitiesen delante de la hermana de Enrique VIII se creeria obligada á quejarse de ellas al rey de Inglaterra.

Un ugier. Milord Ethelwood, duque de Dierham. (*Entra Ethelwood.*)

Sus. Llegais muy á propósito, milord, para abogar en

mi favor en una causa que estoy cerca de perder ante el tribunal de S. A.

Eth. Conde, os dirigis mal; ya veis, yo mismo tengo que solicitar para mi perdon; pues si llego bastante á tiempo para ofrecer mi homenage á S. G., llego muy tarde para ponerme á los pies de S. A.

Marg. Mas facil es algunas veces perdonar á los ausentes que á los presentes, porque la ausencia, milord, no lleva consigo mas que una acusacion, que es la de olvido.

Eth. Pero esa, señora, vos sabeis cuán injusto seria hacer que recayese sobre mi: la confusion que causan los enviados de Escocia y la muchedumbre que los rodea me han detenido, bien á mi pesar, á la entrada de palacio.

Duq. Cómo estan alli, milord?

Eth. Esperando audiencia de S. G. (*Se oye ruido de gaitas y griteria.*)

Sus. Esperad. Creo que nos estan dando música.

Duq. Son la marcha y los gritos de guerra de los macllellands.

Sus. Señora, nuestro teniente general es quien merece el cumplimiento que me dirigiais hace poco, pues tiene, sino me engaño, mejor memoria aun que yo.

Duq. Milord, creed á un soldado viejo; en oyendo una sola vez esta marcha y estos gritos en el campo de batalla, no podriais menos de reconocerlos siempre, y en alguna ocasion puede ser que os desperteis sobresaltado, perseguido por ellos en vuestros sueños.

Marg. (*A Ethelwood.*) Esos gritos y esa música salvage me asustan. (*Se apartan á un lado.*)

Jonh. El rey, milores. (*Enrique en este momento abre violentamente la puerta de la habitacion, y escucha un instante sin hablar.*)

ESCENA III.

DICHOS. ENRIQUE *con los brazos cruzados.*

Enr. Por San Jorge! Señores, no habeis oido como yo?... O bien no es mas que un sueño el grito y marcha guerrera de los escoceses en la plaza del palacio de White-Hall?

Sus. Señor, han oido ellos tantas veces los clarines ingleses en la plaza del palacio de Hirling!...

Enr. Teneis razon, conde; pero no tocaban una música capaz de sacar á los muertos del sepulcro... Ah! mirad, hasta mi viejo alquimista Fleming sale temblando de su laboratorio á preguntarnos si lo que acaba de oir es la trompeta del juicio final!...

Flem. Señor!... (*Levantando con la cabeza la tapicería de una puerta baja y abovedada, mira á todos lados.*)

Enr. (*Riéndose.*) Nada, mi viejo profeta; esto no es nada... nada mas que los ahullidos del zorro de Escocia, que pretenden sofocar los bramidos del leon inglés. Primo Norfolk, haced entrar á esos vaqueros montañeses, y preguntad al mismo tiempo á nuestros trompetas si se acuerdan de la marcha de Floddem. (*Norfolk sale.*) Buenos dias, hermana. (*Pasando á su trono.*) A Dios, señores y milores. Acercaos mas al trono, sir Tomas de Cantorbery, porque sé muy bien que no es poderoso y sólido sino cuando se apoya por un lado en el valor de la nobleza, y por el otro en la sabiduría de la iglesia. (*La princesa se levanta.*) Adónde vais, Margarita?

Marg. Señor, yo habia venido á ver á V. G. al salir de su cuarto, y no á asistir á una audiencia diplomática... Conocereis pues que mi presencia...

Enr. Deberia ser mas frecuente en el consejo, y menos en el baile... olvidais que entre nosotros las mugeres tienen derecho á la sucesion del trono, y que si acaeciere alguna desgracia al príncipe Eduardo...

Marg. Espero que Dios librará á S. G. de semejante calamidad.

Enr. Conde de Sussex, acompañad á S. A. á su cuarto, y volved luego. (*Sussex hace una cortesía y sale con la princesa. Se oyen las trompetas inglesas que responden á las gaitas de Escocia. El rey se sienta en el sillon con las armas de Inglaterra que le sirve de trono.*)

Duq. (*Vuelve á entrar.*) Sir Scot de Thirlstane, enviado del rey de Escocia, solicita el honor de ser introducido á presencia de V. G.

Enr. Que entre. (*Entra sir Scot.*) A Dios, sir Scot: reconocemos hoy que sois digno del mote que habeis escogido «*siempre pronto.*»

Scot. Y sobre todo, cuando se trata del honor de mi rey y de mi pais, es cuando me envanezco de llevarle y ambiciono ser digno de él.

Enr. Sé, sir Scot, que sois un valiente y leal servidor, y la eleccion del mensagero me es tan agradable como lo será sin duda el mensage. Mi sobrino accede á mis reclamaciones, no es asi? y á fin de dar mayor publicidad á su sumision, en vez de ir á encontrarme á York, donde le estuve esperando ocho dias para tratar secretamente entre nosotros sobre los intereses politicos y religiosos de nuestros dos reinos, me envia un embajador, y pide una audiencia pública.

Scot. Señor, las instrucciones de mi rey son precisas y terminantes.

Enr. Tanto mejor!... Consiente por fin en adoptar la religion reformada, en destruir los conventos de su reino, y en no reconocer al papa sino como un simple obispo de Roma?

Scot. Señor, la Escocia y su rey son católicos de alma y de corazon desde el tercer siglo; el sucesor de San Pedro será siempre para ellos el Vicario de Cristo, y pueblo y monarca permanecerán fieles á su fé, como al valor de sus mayores.

Enr. Muy bien! La alianza del rey Jacobo con la fanática familia de Guisa me hacia adivinar esta primera respuesta á la primera pregunta. Decidiré mas adelante de qué peso habrá de ser en la balanza de la paz y de la guerra.

Scot. Esperamos que V. G. la tendrá con mano tan justa como poderosa, y que ni el viento del fanatismo ni los consejos del interes personal la inclinarán á ningun lado.

Enr. La resolucion que yo haya de tomar depende menos, sir Scot, de la contestacion que me habeis dado que de la que me vais á dar.

Scot. Escucho respetuosamente á V. G.

Enr. Ahora bien, mi sobrino Jacobo V consiente en prestarme homenage por la corona de Escocia como lo hicieron sus antepasados á los mios desde el año de 930?... Como lo hizo Enrique á Eduardo 1, Malcolm á Eduardo el confesor, á Guillermo el conquistador y á Guillermo el rojo? Como Edgardo, hermano de

Malcolm, á Enrique I; David, sucesor de Edgardo, á la emperatriz Matilde; el hijo de David á Esteban; Guillermo su hermano y toda la nobleza de Escocia á Enrique II, á Ricardo I, y al rey Juan? Homenage que para revestirse de un carácter mas sagrado se prestó entonces públicamente en la montaña de Lincoln, y se juró sobre la cruz del arzobispo de Cantorbery. No se trate de buscar apoyo en la interrupcion hecha de este homenage en el reinado de Ricardo III... Ricardo III era un usurpador, y con este título no tenia ningun derecho á reclamarle. Enrique VII, mi padre, ocupado en destruir las facciones políticas y religiosas que agitaban lo interior del reino, no exigió este homenage del rey Jacobo IV, lo sé; pero yo, sir Scot, yo, que ministro de las venganzas celestes he anegado á los rebeldes en su propia sangre, he quemado á los hereges en las llamas, he sepultado á los ejércitos enemigos en el mismo campo en que los he vencido; yo, que viendo á la antigua Inglaterra destrozada hace cuatro siglos por los vaivenes de la guerra civil y sumergida hace mil años en las tinieblas del error, no he hecho mas que tender mi mano sobre ella, como lo hizo Dios sobre el cáos, y ha bastado para dotarla de calma y de luz, presentes divinos que hasta entonces no habian bajado sino del cielo, yo, digo, no sufriré que vuelva á perder estos bienes y que las cosas no se restituyan á su primitivo estado. El pueblo de Escocia debe prestar homenage á su nobleza, la nobleza de Escocia á su rey; el rey de Escocia al de Inglaterra, y el rey de Inglaterra á Dios.

Scot. Perdonad, señor, si aun por esta vez me veo precisado á dar á V. G. una respuesta contraria á la que parece que espera... Pero el homenage de los antiguos reyes de Escocia no se prestó jamas á los predecesores de V. G. sino respecto de las tierras que poseian en Inglaterra, lo mismo que los reyes de Inglaterra prestan homenage á los de Francia por los ducados de Guisa y Normandía. Juan de Bailiol prestó homenage á Eduardo I, en reconocimiento del ausilio que le habia dado este último para subir al trono; pero perdió la estimacion de la nobleza y la amistad del pueblo, y el rey Jacobo V está demasiado querido

del uno y apreciado de la otra para esponerse jamas á semejante desgracia.

Enr. De ese modo mi sobrino rehusa reconocerme por su soberano?

Scot. Lo rehusa.

Enr. Y ha pensado primero todas las consecuencias de semejante negativa?

Scot. Cualesquiera que sean las sufrirá: los reyes de Escocia tienen la costumbre de llevar la mano á su espada antes de ponerla sobre su corona.

Enr. (*Levantándose.*) Bien, sir Scot de Thirlstane, bien... porque ya estoy cansado de todos esos homenages jurados é interrumpidos. Escuchad pues: hasta aqui hubiera podido contentarme con lo que os pedia; ahora ya necesito otra cosa. La mano de Dios ha colocado nuestras dos naciones lejos de los demas pueblos del mundo, enfrente una de otra, en medio del Océano, sobre un mismo suelo, pero desigualmente divididos entre si: por toda separacion les ha dado el canal estrecho de Twide, bastante para separar dos provincias, pero no dos reinos; asi de mil años á esta parte la sangre mas esclarecida de ambos pueblos no ha dejado de enrojecer tan pronto una orilla como la otra. Hace mil años no ha tenido la Inglaterra un solo enemigo de quien no haya sido aliada la Escocia. Esta Escocia no ha tenido una guerra civil en que el poderoso soplo de la Inglaterra no atizase el incendio de sus ciudades; entre nuestros dos pueblos hay un odio que la madre lega á la hija con su leche, y el padre al hijo con su espada... pues bien, este odio, sir Scot, duraria de generacion en generacion hasta el dia del juicio, sino hubiera pensado yo, Enrique de Inglaterra, que esto debia concluirse bajo mi reinado; que un homenage no me bastaba, que necesitaba una conquista, y que dos coronas y dos cabezas eran demasiado para una sola isla... desde hoy pues no hay ya un rey en Inglaterra y otro en Escocia, hay un solo rey de Inglaterra y Escocia; hé aqui todo... El Dios de los ejércitos decidirá si debe llamarse Enrique VIII ó Jacobo V.

Scot. Señor, el Dios de los ejércitos lo es tambien de la justicia.

Enr. Y vos teneis ante los ojos una prueba de ello, sir Scot; mirad á la izquierda; esa armadura es la del rey Jacobo IV, muerto en el campo de batalla de Floddem con su hijo, doce condes y diez y siete barones. Podeis distinguir sobre la coraza, no es así? la rotura por donde entró el acero y salió la vida... pues bien, lo juro aquí sobre mi corona y cetro, sir Scot, cualquiera que sea la armadura con que hayais de cubrir á la Escocia, y por bien templada que esté, yo le haré á su vez una herida bastante profunda para que le salga del corazon de una vez cuanto tiene de rebelde.

Scot. Antes de llegar á ella, señor, es necesario que hayais destruido la última de sus aldeas y despedazado al último de sus hijos. En cuanto á mí, V. G. ha tenido á bien decirme que soy digno de mi divisa... No lo sería sino me despidiera de V. G. lo mas pronto posible, pues quiero que al encontrarme de nuevo á la cabeza de los primeros soldados que marchen contra vos, digais vos mismo: «siempre pronto.»

Enr. Id pues, sir Scot, no os detenemos: los reyes de Inglaterra tienen tambien una divisa que jamas han abandonado; quiero que antes de un mes ondée escrito con letras de fuego sobre bastantes ciudades de Escocia, para que desde todos los rincones del mismo reino se pueda leer: Dios y mi derecho... Señores, haced los honores al embajador, no ya del rey de Escocia, sino de nuestro sobrino Jacobo V. Quedaos, milord Ethelwood, tengo que hablaros.

ESCENA IV.

ENRIQUE ETHELWOOD.

Enr. (*Tomando el brazo á Ethelwood, se pasea con él.*) Ahora bien, duque de Dierham, qué decis de esta obstinacion de mi sobrino?

Eth. Que su embajador es, sino el mas respetuoso de todos los embajadores, á lo menos el mas conciso en sus respuestas.

Enr. Es cierto: sir Scot es muy digno escocés, que no

tiene mas que una falta, la de creerse aún en los tiempos de Roberto Bruce y de Guillermo Wallace, y pensar que á seis siglos de distancia los corazones son los mismos, porque las corazas que los cubren se parecen; el buen hombre es una estátua de los tiempos antiguos colocada en el camino del mundo, y que no ha visto con sus ojos de piedra desaparecer las generaciones á medida que se suceden... Dónde estan los Douglas y los Randolf?... En nuestros dias se llaman Olivier, San-clair ó Maxwel... que lástima! Milord, milord, os lo digo, no es esta guerra la que me hará nacer una sola cana, ya la haga en persona, ya envie al duque de Norfolk en mi lugar. Mi espada es larga y cortante, y adonde no pueda alcanzar la arrojo... No es esto lo que me hace desgraciado, milord, no es esto... (*Se deja caer sobre un sofá.*)

Eth. Vos desgraciado, señor!... Vos triunfante fuera y dentro de vuestro reino; vos, que apagando las discordias de la rosa blanca y la rosa encarnada de York y de Lancaster, estais sentado en el trono, poniendo un pie sobre la guerra estrangera, y el otro sobre la guerra civil, y que habeis dicho á la Inglaterra y á la Francia enmudecidas lo que Dios dice á las olas de la mar... Alto ahi!... Perdónome V. G., pero es preciso que la ambicion humana sea mayor que el mundo, pues que el mundo no le basta.

Enr. Duque, no es la cólera de los vientos, ni la de las olas, ni la tempestad, ni el Océano lo que echa á pique un navío sólidamente construido. Es la roca oculta en la mar y cuya herida es mortal, porque aquella es invisible; si, yo soy grande, soy poderoso, es verdad... No hay uno solo de mis súbditos que no me envidie, y yo envidio al último de mis súbditos.

Eth. Vos, señor?

Enr. Sí, porque esto no es mas que una corona y un cetro. Se necesita ademas una almohada en que poder descansar: se necesitan á un mismo tiempo la vida política y la vida privada, y á par de la grandeza del palacio la felicidad doméstica... Pues bien, el último de mis súbditos puede tener una muger é hijos que le amen; el último de mis súbditos es mas feliz que yo!

Eth. Las reinas vuestras esposas os han amado, señor, y os han dejado hijos que os aman.

Enr. Las reinas mis esposas!... Catalina de Aragon, no esto? Que estaba para casarse con mi hermano antes de ser mi muger, lo que causó en mi conciencia tan gran remordimiento, que me vi precisado á repudiarla. Ana Bolena, cuya conducta la trasladó de mi lecho al cadalso; Juana Seymour, angel bajado del cielo, y á quien envidioso el cielo mismo volvió á llevarse. Ana de Cleves, que me pintaron graciosa y bella, con quien me hicieron desposar por un retrato de Holbein, y luego que llegó... pero se hizo justicia contentándose con el título de hermana. Qué me queda pues ahora de mis cuatro matrimonios? El recuerdo de algunos dias de felicidad; veinte años de remordimientos, vergüenza y pesar; despues dos hijas que la ley ha declarado incapaces de reinar, y un hijo que Dios ha declarado incapaz de vivir.

Eth. Señor, sois aún bastante jóven, y un nuevo matrimonio puede daros todo lo que hasta ahora os ha faltado.

Enr. Si, lo sé, y voy á hacer aun esta prueba otra vez. Pero esta vez, te lo juro, milord, no iré á buscar muger ni en las cortes ni en las casas de los príncipes; estoy cansado de ver á la Europa mezclarse en mis querellas domésticas; mi divorcio con Catalina de Aragon me grangeó la guerra con los Paises Bajos, la España y el Imperio; el repudio de Ana de Cleves va á sublevar contra mi el Henao, la Flandes, y tal vez la Francia... Poderoso y aislado, como lo estoy, en medio de los mares, ninguna alianza puede aumentar mi fuerza. Esta reside en mi mismo: lo único que me falta es una muger jóven para que pueda amarla, hermosa para que pueda agradarme, y prudente para que pueda fiarme en ella. Su condicion nada me importa. He sacado dos ministros, el uno de la tabla de un carnicero, el otro de la fragua de un herrero; bien podré sacar un príncipe real del seno de una vasalla.

Eth. Pero ese tesoro de juventud, de belleza, de inocencia, á qué pais le irá á buscar V. G.?

Enr. Si no me han engañado, mi querido duque, no

tendré necesidad de poner el pie en el Continente para encontrarle.

Eth. Sin duda el genio protector de la antigua Inglaterra os guarda esa virgen predestinada en algun rincon del reino, en la caverna de Fingal, ó en la gruta Staffa.

Enr. No, milord, su destino por mas brillante que deba ser en el porvenir no es tan poético en lo pasado... Una nodriza vieja la ha criado á falta de padres, y vive á tres leguas de Londres, á orillas del Támesis, en una casa de muy humilde apariencia.

Eth. Señor... y el nombre de esa jóven será sin duda un secreto político muy profundo y muy importante para que ojos tan indignos como los mios...

Enr. No, no, primo; antes bien para lo que voy á exigir de vos es muy necesario que la conozcais... Se llama Catalina Howard.

Eth. Catalina Howard!

Enr. (*Sonriéndose.*) Sí, milord... Es un nombre bastante desconocido, no es verdad? tan desconocido que se ha necesitado nada menos que el ojo de mi alquimista Fleming para descifrarle en ese libro de Dios, que se llama la tierra, entre los doce millones de nombres inscriptos en el folleto que se llama mi reino.

Eth. Y cómo Fleming ha descubierto...

Enr. Oh! del modo mas sencillo, y sin haber recurrido á encantos ni sortilegios: buscaba á las inmediaciones de Londres no sé qué planta necesaria para sus operaciones químicas, cuando sorprendido por la lluvia solicitó un asilo en la casa aislada que habita esa jóven. Tan maravilloso tesoro le sorprendió, conocia mis intenciones, á su vuelta me habló de ella, y despues todas las cabalas de astros y números le han probado de tal manera que la muger que me hacia falta era una muger jóven, hermosa y discreta, que el viejo loco me ha respondido con su cabeza que reunia estas tres cualidades.

Eth. Y V. G. se ha decidido á hacer una cosa de tamaña importancia bajo la sola palabra del que llama viejo loco?

Enr. No, duque de Dierham, porque la aventura que me sucedió con Ana de Cleves me ha hecho descon-

fiado, y no empeño yo asi anticipadamente mi amor real, sin saber si la muger á quien le voy á ofrecer es digna de él... Asi, ayer, concluido el consejo, guiado por mi viejo alquimista, y disfrazado de caballero de los antiguos tiempos, pasé el Támesis en una barca, sin armas ni libreas, hasta llegar al lugar que habita la señora de mis pensamientos...

Eth. Y allí?...

Enr. Allí... la vimos apoyada en el brazo de una muger anciana errante por la ribera... melancólica y pensativa; como si presintiese su alto destino...

Eth. Y... y Fleming habia exagerado...

Enr. No tal!... Fleming se ha quedado corto respecto de la verdad... Milord, la hermosura de Ana Bolena, la gracia de Juana Seymour.

Eth. Y vos la habeis hablado?

Enr. No, milord, porque asi que vió que remábamos hácia ella se alejó!... Contaba con volverla á ver hoy, mañana... pero esta guerra con la Escocia se hace tan urgente que no me va á dejar lugar para nada: he tomado por lo tanto una nueva resolucion, milord: vos marchareis mañana á buscarla, elegireis los que os parezcan mejor de mi comitiva, y traereis esa jóven al lado de la princesa Margarita, que por mi recomendacion la admitirá entre sus damas de honor...

Eth. Y V. G. no pondrá un intervalo mayor entre su repudio de Ana de Cleves y su enlace con Catalina Howard?

Enr. Primo, cuánto tiempo pasó entre el dia en que Ana Bolena subió al cadalso y aquel en que Juana Seymour subió al trono?

Eth. El necesario para que los enterradores colocasen el cuerpo de la primera en el sepulcro... tres dias.

Enr. Cuántas horas mediaron entre la desobediencia de Norris y la orden que di para castigarla con la muerte?

Eth. Las necesarias para que el lord canciller fuese de la torre de Londres al palacio de Grennwich... dos...

Enr. Y cuántos segundos pasaron entre la notificacion de esta orden y la muerte del culpable?

Eth. Los precisos para que el verdugo levantase y dejase caer su hacha... uno...

Enr. Muy bien, milord; ya veo que conoceis á fondo la historia de mi reinado... meditadla!... (*Vase.*)

ESCENA V.

ETHELWOOD. *Despues* FLEMING.

Ethelwood permanece un momento pensativo: despues va á la puerta de Fleming y llama.

Eth. Fleming!... Fleming!
Flem. (*Desde el fondo de su cueva.*) Quién es?
Eth. Sal de tu madriguera, zorro de Cornualles!... sube á la luz, renegado... un cristiano quiere hablarte.
Flem. En qué se puede servir á vueseñoría?
Eth. Acabo de separarme del rey...
Flem. Dios le conserve!...
Eth. (*Echando mano á su toca.*) Ese es el voto de todo buen inglés.
Flem. Y el que hago yo siempre que mis ojos y mis pensamientos se desprenden del cielo para descender á la tierra.
Eth. Muy bien... pero S. G. me ha dicho que no os contentais con hacer votos por él, sino que vuestra aficion llega hasta intentar que se cumplan los suyos.
Flem. Yo he puesto á las órdenes de S. G. la escasa conciencia que me ha proporcionado el estudio, y puede disponer de ella á su real voluntad.
Eth. Con tal que su real voluntad ponga á su vez á tu disposicion todo el oro que tus réprobas manos necesitan para completar la obra que tienes entre manos, no es verdad?
Flem. Solo descomponiéndole se puede llegar á componerle... Y cuando el hombre haya averiguado el secreto de Dios, será tan poderoso como él... Milord, estoy muy cerca de llegar á obtener un gran resultado.
Eth. Para eso necesitas rios de oro, no es cierto?
Flem. Mucho necesito.
Eth. Y crees tener bastante con lo que te dará Enrique por haberle encontrado una muger jóven, bella y virtuosa?
Flem. Sí, porque entonces cada vez que llame al trono

con mi varita, como Moisés á la roca, en lugar de una, saldrán dos fuentes.

Eth. Y tu sed de oro no te ha dejado calcular los peligros á que espones tu cabeza, empeñándola en una negociacion tan peligrosa como la de un matrimonio con Enrique, que de cuatro mugeres ha repudiado dos y dado la muerte á una.

Flem. He escuchado la voz de mi felicidad, que me decia: haz esto.

Eth. Y la de la prudencia no te ha recordado la desgracia de Volseo y la de Norris?

Flem. Señor mio, las cosas no tendrán ya esta vez un fin tan desastroso.

Eth. Y quién te lo ha dicho?

Flem. La ciencia.

Eth. Pues bien, sabio Fleming, la ciencia ha mentido.

Flem. Cómo?...

Eth. Ese casamiento no puede hacerse.

Flem. Por qué?

Eth. Porque la que has escogido por base de tus cálculos... Catalina...

Flem. Y qué?

Eth. Esa jóven que quieres casar con el rey, Catalina Howard... no es esto?

Flem. Si.

Eth. Es mi muger.

Flem. Misericordia! Estoy perdido!

Eth. Si, Fleming, estás perdido; porque, conoces la ley que ha hecho promulgar Enrique despues de la muerte de Ana Bolena?

Flem. La conozco.

Eth. Ley que conduce al mismo cadalso á la reina que no se haya reconocido indigna del rey, y á cualquiera que haya contribuido á este matrimonio... Ah! tú le has prometido una novia jóven, bella y virtuosa... Catalina es jóven, bella y virtuosa; pero crees que el juez de Catalina de Aragon y el verdugo de Ana Bolena se contentan con esta virtud?

Flem. Vos se lo confesareis todo, milord, y él perdonará.

Eth. Si, y como prenda del perdon, hará de la duquesa de Dierham una dama de honor de la princesa Mar-

garita, y enviará al duque á hacer la guerra á los irlandeses... No, Fleming, no...

Flem. Oh! Señor!... Tened piedad de mi!

Eth. Piedad de tí, desventurado!... De tí que por tu imprudencia acabas de desvanecer la esperanza de toda mi vida! Piedad de tí que acabas de echar un negro velo sobre los dias mas deliciosos de mi vida!... Y de mí, de mí... Dios mio!... quién tendrá luego piedad de mí?...

Flem. Ah! Busquemos, busquemos, milord... tal vez habrá algun medio de conservar, vos la felicidad, y yo la vida.

Eth. Uno hay.

Flem. Uno?

Eth. Arriesgado!

Flem. No importa.

Eth. Desesperado!

Flem. Decidle.

Eth. Yo soy el encargado por el rey de buscar y conducir á la corte á Catalina.

Flem. Cuándo?

Eth. Mañana.

Flem. Ah! Dios mio!

Eth. Es necesario que el rey no vuelva á verla...

Flem. No, no... seríamos perdidos, porque la ama ya...

Eth. Pues bien... es preciso que ella muera esta noche.

Flem. Los venenos mas eficaces...

Eth. Infame! (*Agarrándole.*)

Flem. Piedad!

Eth. Es preciso que muera para el rey y para el mundo... pero es preciso que para mí... para mí solo viva! entiendes?... que viva... y me respondes de su vida.

Flem. Yo haré cuanto quepa en la ciencia humana.

Eth. Ahora bien, tú me has hablado de venenos...

Flem. Sí.

Eth. En lugar de un brebaje mortífero, no podriais darme un licor narcótico?... No hay plantas cuyo jugo detiene la sangre en las venas, entorpece el corazon, suspende el curso de la vida?... El sueño, dime, no puede asemejarse á la muerte de tal modo que el ojo mas suspicaz se equivoque? Vamos, piensa reflexiona.

Flem. Puede, milord: una crónica florentina refiere que por un medio semejante una jóven de la casa de Montaigu...

Eth. Pero tú puedes componer un licor semejante?

Flem. Perfectamente.

Eth. Y responder de su efecto?

Flem. Con mi vida.

Eth. Fleming, si haces lo que prometes...

Flem. Lo haré.

Eth. Me has dicho que necesitabas oro? Pues bien, yo te daré en cambio de ese licor mas de lo que el fuego de tus hornillos pueda fundir en todo un año.

Flem. Bajemos á mi laboratorio, milord.

Eth. Y dentro de una hora?...

Flem. Volvereis á subir con el filtro que deseais.

Eth. (*Parándose en el último escalon.*) Un instante, Fleming... Me habeis comprendido bien... Os va en este negocio la vida ó la muerte...

Flem. Mi vida está en vuestras manos, milord.

Eth. (*Bajan juntos.*) Vamos.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

Segundo Cuadro.

Habitacion de Catalina: puertas laterales y una en el fondo que deja ver el campo. Una mesa pequeña y encima algunas frutas: al lado opuesto un tocador con su espejo.

ESCENA VI.

CATALINA. KENNEDY.

Catalina entra apoyada en el brazo de su nodriza.

Ken. Volvemos ya, hija mia?
Cat. Sí, ama, porque ya se hace tarde.
Ken. El sol apenas se ha puesto, y á esta hora el Oriente es tan bello, visto de lo alto de la montaña!
Cat. (*Sonriéndose.*) Sí, magnífico!... pero es el mismo sol y el mismo horizonte que vi ayer... (*Se sienta.*)
Ken. Ya estás triste!
Cat. No, Kennedy, sino fastidiada.
Ken. Sí, pobre niña, el fastidio marchita tus megillas, nubla tus ojos y debilita tus fuerzas. Pero cómo puedes fastidiarte en medio de esta hermosa campiña, tan verde y tan rica?
Cat. Cierto: me pareceria hermosa si la viese por la primera vez... pero hace diez y ocho años que la estoy viendo todos los dias...
Ken. Mas del doble hace que la veo yo... y sin embargo no me he cansado aún de ella; como soy una pobre muger sin deseos y sin ambicion, he buscado siempre la felicidad en las cosas que podia alcanzar, y nunca mas allá...
Cat. Lo que está mas allá de lo que podemos alcanzar debe ser no obstante muy bello. Londres!... Dicen que es tan magnífico!... Cuándo viviré yo en Londres! Dios mio!

Ken. Tú te casarás algun dia, hija; eres sobrado hermosa para no hallar un esposo rico y noble.

Cat. Sí, es cierto?... y entonces tendremos un palacio en Londres... barcos en el Támesis, bosques donde persigamos la caza con un halcon en la mano... seguidos de lacayos y pages... Tú vendrás conmigo... recorreré mis tierras, y recibiré el homenage de mis vasallos; entonces no me fastidiaré ya, seré hermosa, rica... Seré poderosa; diré: yo lo mando... y todo el mundo me obedecerá.

Ken. Qué loca eres!

Cat. Mira, Kennedy, si creyese permanecer siempre asi, en esta miserable casa, aislada... entre estas paredes que me sofocan... vestida con esta ropa, y rodeada de estos muebles tan sencillos, mira... preferiria meterme en un atahud... con tal que estuviese bajo una losa de mármol...

Ken. Hace dias, hija mia, que los sueños de tu imaginacion me asustan... créeme, no te abandones á semejantes pensamientos.

Cat. Kennedy, mis pensamientos son mi sola felicidad, mis sueños mi sola riqueza; déjamelos...

Ken. Vamos, ya veo que quieres estar sola de nuevo, para entregarte á todas tus locuras... Hace un año que he notado que mi presencia te incomoda, te cansa.

Cat. Oh! madre mia, tú te engañas, eres injusta... pero si vieras... cuando estoy sola oigo voces estrañas que murmuran en mis oidos... Caprichosas apariciones pasan delante de mis ojos... Entonces todo se puebla, y anuncia al rededor de mí que la cadena de los seres creados no acaba en el hombre, sino que sube hasta el mismo Dios... Me parece que recorro con los ojos todas las gradas de aquella luminosa escala, que por una estremidad descansa en la tierra, y por la otra toca al cielo... El fuego que chispea son salamandras que jugando levantan millares de centellas... En esa agua que corre debajo de estas ventanas... hay una ondina que siempre que me asomo me saluda como á su hermana. La brisa enbalsamada de la tarde pasa cargada de silfides, que se detienen en mis cabellos... y salamandras, ondinas, silfides, murmuran á mi

oido palabras... Oh! palabras que me vuelven loca... tú lo has dicho.

Ken. Edad dichosa aquella en que no hay sino cerrar los ojos para ver semejantes maravillas... en que los sueños nos consuelan de la realidad! Duerme, hija mia; la noche vale mas que el dia... Pero ten cuidado; de cuantos duendes visitan á las jóvenes durante su vela ó sueño, el mas peligroso y el mas dificil de rechazar es el de la ambicion.

Cat. Ese, Kennedy, no es un demonio, es un angel... es el mas bello, el mas seductor de todos... Es el rey del cielo... tiene alas doradas y una corona en la cabeza.

Ken. Buenas noches, mi noble señora...

Cat. Buenas noches, Kennedy.

Ken. Buenas noches, delirante... Ya estoy mas tranquila, pues te dejo en medio de una corte de duendes, fantasmas y hadas.

ESCENA VII.

CATALINA *sola: cierra la puerta de delante y va á abrir la otra.*

Cat. Anda, buena ama, vé y déjame abrir la puerta por donde entran y salen todos mis sueños. Vendrá Ethelwood esta noche? Esta mañana me dijo tal vez... tal vez... es siempre, sí. Me ama tanto!... Sin embargo, si me amara tendria secretos para mí? me ocultaria su nombre, su gerarquía, su título? Cuando me entregué á él, me entregué toda yo; no he separado mis dias de mis noches, no le he dicho: habrá tantas horas para tí, tantas para el mundo: le he dicho: aqui estoy, soy tuya. Oh! qué suplicio! estrechar entre sus brazos un hombre á quien se ama á ignorar quién sea este hombre; perder la cabeza con sueños de esperanza, insensatos tal vez; gastar los hermosos y alegres años de su juventud en la espectativa, en la ignorancia: aislada, sin conocer el término de esta agonia, oir por sola respuesta á todas mis preguntas: mas adelante, mas adelante. Y perderse toda en esta palabra que abre incesantemente un abismo delante de mi vida. Sale la aurora y espero saberlo todo durante el

dia: llega la noche y no he sabido nada. Dichosa cuando él puede robar algunas horas... á quién? no lo sé; á otra tal vez para dármelas á mí, esclava, prisionera, sepultada lejos del mundo. Y héme aquí en este instante en que las horas de placer pasan alegres en la ciudad, héme aquí sola y triste esperando á mi esposo que acaso no vendrá, á mi esposo que posee un título, es de una clase elevada, estoy segura de ello... y que no me hace participar ni de su clase ni de su título... Si no obstante estuviese con él en Londres ahora, en lugar de desnudarme este modesto trage cuya sencillez me humilla para llamar antes de tiempo un sueño, que no vendrá, me sentaria delante de mi tocador... (*Se sienta delante del espejo.*) Escogeria entre estos aderezos que me ha dado, y que me son inútiles, las mejores alhajas, (*Abre las cajas.*) me pondria al cuello este collar de perlas, estos diamantes por pendientes y estos brazaletes en los brazos. Entre estas sencillas flores que adornan mis cabellos tendrian lugar estas espigas de diamantes. Este ceñidor de pedrería, rodeado á mi cintura, haria resaltar su elegancia: un page nos precederia: se abririan delante de nosotros salones resplandecientes de luz, y cuando me presentara yo... oh! si mi espejo no miente, todo el mundo diria: una reina no está mas adornada, no es mas hermosa... Oh! (*Volviéndose y viendo á Ethelwood de pie cerca de la puerta, y que ha oido el fin del monólogo.*) oh, Ethelwood, amigo mio, no te habia visto.

ESCENA VIII.

CRTALINA. ETHELWOOD.

Eth. Os ocupaban cuidados muy importantes para reparar en mi llegada.

Cat. Os parezco bonita?

Eth. Si mi retrato rodeado de rubís ó de esmeraldas hubiese estado pendiente por casualidad de ese collar, ó puesto en ese brazalete... Oh!... entonces tal vez hubiera yo merecido de vuestros pensamientos de coquetería un recuerdo momentáneo de amor.

Cat. Os parezco bonita?

Eth. Oh! demasiado por mi desgracia, señora.

Cat. En ese caso dad gracias al cielo, que me ha hecho asi para vos, y venid á abrazarme, señor. (*Ethelwood la toma una mano.*) Ademas, yo me he adornado por instinto, me he puesto hermosa por presentimiento: (*Poniendo la mano sobre su corazon.*) os senti venir aqui... Dejad pues ese aire de inquietud; vamos, sentaos, y yo me colocaré á vuestros pies, mi gentil caballero, mi buen baron, mi noble conde... Cuál de estos títulos quereis que os dé?... (*Va á buscar un taburete y se sienta.*)

Eth. Ninguno de esos títulos, porque ninguno me pertenece.

Cat. De qué modo habeis venido... que no he oido el galope de vuestro caballo, de vuestro admirable Ralph, que viene volando... y se va tan lentamente...

Eth. He pasado el Támesis en una barca de pescador, porque hoy mas que nunca temi ser reconocido.

Cat. Siempre misterioso... pero tendrás sin duda motivos poderosos.

Eth. Juzga por mi amor, pues que te los oculto á ti, que eres mi vida.

Cat. Oh! si tú amases!

Eth. Escucha, Catalina; duda de tu existencia, de tu alma, de la luz del dia cuando el sol mas ardiente abrasa el cielo, pero no dudes de mi amor... pues muger ninguna fue amada jamas de ningun hombre como tú de mí.

Cat. Perdona, amigo mio.

Eth. (*Cogiéndola la cabeza entre las manos.*) Ah! mírame pues... mírame... no amarte yo... mi corazon hasta su último latido... mi vida hasta su último aliento, hasta la última gota de mi sangre, todo es tuyo, Catalina... y dice que no la amo, Dios mio, ella lo dice!...

Cat. No, no, ya no lo digo.

Eth. Y si te perdiera!... Si otro!... Oh! Señor! Señor!...

Cat. Qué tienes?

Eth. Me siento malo.

Cat. Tú!...

Eth. Sí... estoy cansado... se me arde la frente... tengo sed...

Cat. (*Levantándose.*) Voy á serviros, señor. (*Mientras*

que Catalina va á abrir una alacena gótica, Ethelwood sacá un frasco de su pecho y vierte parte de lo que contiene en el vaso de plata cincelado que está sobre la mesa.)

Eth. Dios mio, perdonadme!... esto es provocar vuestro poder.

Cat. A falta de page, quereis que yo sea vuestro copero! (*Ethelwood pone el vaso, Catalina echá.*)

Eth. Gracias.

Cat. Cómo tiembla tu mano!

Eth. (*Sigue sentado y la coge entre sus brazos.*) Catalina, Catalina!... Ah! jamas, jamas...

Cat. Qué triste estais hoy! veamos si hay algun medio de distraeros. Quereis que os recite una cancion de un antiguo rey de Inglaterra llamado Edgardo, que se casó con una vasalla... la bella Elisa?...

Eth. (*Aparte.*) Cada palabra que me dice es un nuevo tormento.

Cat. Me oís?

Eth. Si.

Cat.

Miraba el rey placentero
A Elisa, bella pastora,
Que con vida y alma adora
El buen Ricardo el arquero,
Y le dice, niña, quieres
Que vaya contigo yo?
No.

Escúchame, hermosa impía,
Yo soy noble y caballero,
Si tú me quieres yo quiero
Unir tu suerte á la mia.
Serás dama, y en tu mano
Irá posado un halcon.
No.

Tal vez tu ambicion aspira
A ver ornada tu frente
Con la corona esplendente
Que deslumbra al que la mira?
Di, quieres ser baronesa?
Su corona te doy yo.
No.

Por un beso, un solo beso
Condesa te haré tambien,
Y haré que ciña tu sien,
Tal mi amor llega al esceso,
Rica corona que lleve
De perlas cada floron.
No.

Brillante entre tus rivales,
Si acaso tu gusto fuera,
Ornarán tu cabellera
Ricos carbunclos ducales,
Y el oro hará en tu corona
De hojas de viña el feston.
No.

Una palabra no mas;
Dila, yo soy soberano,
Acepta, hermosa, mi mano
Y reina al punto serás,
Y mi corte y mi corona
Se inclinarán ante ti.
Si.

Eth. Y tal es el fin de los amores de la bella Elisa?
Cat. Qué, no acaba bien su historia? Llega á ser reina.
Eth. Y Ricardo?
Cat. Qué Ricardo?
Eth. Su amante.
Cat. La cancion no dice mas.
Eth. Con que no hay un recuerdo para el pobre abandonado, ni en el alma de su querida, ni en los versos del poeta... Yo seré menos ingrato que ellos, beberé á su memoria. (*Coge el vaso sin acercarlo á la boca.*)
Cat. Pues bien, y qué?
Eth. Pues bien, por poca memoria que tengais, no os acordareis de las costumbres de nuestros amores... He llevado jamas á mi boca un vaso, sin que vuestros labios lo hayan tocado antes, sin que yo busque en sus bordes el sitio que ellos han tocado... Vamos, mi bella Elisa, no, mi Catalina... me he equivocado... A la memoria de Ricardo... (*Catalina bebe: Ethelwood la*

sigue con la vista agitado, pronto á arrancarle el vaso de la boca; despues lo tira á sus pies.) Oh Catalina!... Catalina!... perdona!

Cat. Por qué?

Eth. Era necesario, era el único medio... el único recurso...

Cat. Pero qué quereis decir?...

Eth. Sino éramos perdidos... separados para siempre: te pones pálida... Catalina.

Cat. Si, sí; no sé lo que siento, un vahido, se me va la vista...

Eth. Dios mio!

Cat. Mi pecho arde, mi frente está hecha un fuego... Ah! este sudor es mortal...

Eth. Oh! desdichado de mí... verla sufrir asi... Oh! mas valia...

Cat. Déjame... déjame... agua, agua... me ahogo. Oh! por favor... por piedad, mi Ethelwood... me siento morir... Socorro!

Eth. No, no grites... (*Tomándola entre los brazos.*)

Cat. Las flores... las alhajas. (*Llevando la mano á la cabeza y arrancándoselas.*) Qué desesperacion!... Ah! la vida, la vida... Dios mio... Pero tú...

Eth. No morirás.

Cat. Tan jóven, tan jóven morir... Oh! Dios mio, tened piedad! Kennedy... Ah!... misericordia... no veo ya... yo muero. (*Se suelta de los brazos de Ethelwood y cae rechazándole.*)

Eth. Oh! Catalina!... Catalina!... Ahora, oh! estoy seguro al menos de que moriremos ó viviremos juntos. (*La abraza otra vez, va á la puerta por donde salió Kennedy, la abre, toca violentamente una campanilla, despues va á Catalina, la abraza otra vez y desaparece por la misma puerta por donde entró. Kennedy aparece asustada á la puerta del fondo.*)

Ken. Catalina, hija mia... qué te pasa... ah! desmayada... pálida... no late... (*Poniéndola la mano sobre el corazon.*) No respira... (*Se acerca á la boca.*) Está muerta!... muerta!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Tercer Cuadro.

Ethelwood.

Panteon de la familia de Dierham, á media legua de Londres; una sola puerta en el fondo para salir al llano: algunas escaleras para llegar á esta puerta, varios sepulcros de caballeros y damas con sus estátuas echadas encima: los hombres tienen un leon á los pies, y las mugeres un lebrel. Delante y á la izquierda de la escena una tumba abierta en que está echada Catalina Howard, detras de ella una pila de agua bendita protegida por un angel sajon.

ESCENA PRIMERA.

ETHELWOOD, *apoyada la cabeza en el sepulcro.* UN SACERDOTE *cumpliendo con los últimos deberes de un entierro católico.* KENNEDY. VARIAS JÓVENES.

Sacerd. Dichosos aquellos que mueren jóvenes y que se acuestan con su ropa de inocencia, porque ellos se duermen en la tierra y se despiertan en el cielo! No somos ya nosotros, dulce y blanca paloma, los que pedimos por ti; tú eres quien ruega por nosotros; consérvate allá arriba en la gracia del Señor, como te has conservado aqui en su misericordia. (*Toma un ramo de box, lo mete en la pila y lo sacude sobre ella.*)

Ken. (*Echándose sobre el sepulcro.*) Hija mia: pobre hija mia: ah! quién me hubiera dicho jamas qué seria yo la que te cerrara los ojos y te depositara en el sepulcro! Oh! esta es una prueba cruel que el Señor

me habia reservado... Catalina, Catalina!... es imposible que Dios la haya llamado á si tan jóven!... Ah! hija mia, mi querida hija! Dios mio... Señor... Dios mio... (*Dos mugeres la arrancan de allí.*)

Una jóven. Duerme en paz, hermana querida; eras demasiado bella para este mundo: Dios ha visto que le faltaba un angel, y te ha llamado á si: sin duda en este momento tú suspendes sobre nosotros, con tus alas blancas y tu aureola de oro; goza de la gloria eterna, y pues que nos amabas en la tierra, protéjenos desde el cielo. (*La echan agua bendita las jóvenes.*)

Eth. (*Dejando su sitio y tomando el ramo de manos de la última de las jóvenes.*) A mi vez, Catalina, á mi vez echaré agua bendita sobre tu helado cuerpo. (*Todos salen del panteon, y Ethelwood queda solo.*) Si, Fleming me ha cumplido religiosamente su palabra. Su sueño es hermano de la muerte, y sino fuese obra mia, mis ojos mismos se confundirian con la semejanza... Fragilidad de la existencia humana! algunas gotas estraidas de ciertas plantas bastan para suspenderla; con algunas gotas mas se acabaria, y el alma que brillaba en esos ojos, ahora cerrados, que vibraba en esa voz, ahora muda, que daba la vida y el pensamiento á ese cuerpo, ahora inmóvil y frio, desapareceria entonces para siempre, remontándose al origen de todas las cosas. Qué es de ella durante este letargo, mas profundo que el sueño y menos que la muerte? Gira en torno por el pais de los sueños, duerme como una lámpara santa encerrada en el tabernáculo? Ha ido á llamar á la puerta de ese mundo desconocido que se llama eternidad... y asi que la sangre empiece á circular por sus venas, cuando el pensamiento vuelva á animar el espíritu, y esta alma, desterrada un instante, vuelva á entrar en el cuerpo como una reina en su palacio, se acordará de las cosas de este mundo, ó de las que haya visto durante estos dos dias en el cielo? Oh! yo concibo que el asesino no tenga remordimientos en presencia de su victima, pues si este cuerpo inanimado no es feliz, está por lo menos bien tranquilo!... oh! Catalina! Catalina!... no valdria mas que me acostara yo á tu lado en esa tumba, que hiciese cerrar la losa sobre nuestras

cabezas, y que nos durmiéramos asi el uno en brazos de otro, hasta el dia de despertarnos para la eternidad mas bien, que para esponer nuestra vida á los azares del mundo y á los reveses de la fortuna? Quién sabe los que Dios reserva para nosotros, en su mano, de felicidad ó de calamidades; quién sabe si tú un dia me bendecirás ó me maldecirás por haberte despertado... porque no hay porvenir cierto mas que el de la tumba; y este á qué esperarle, puesto que tan facilmente se puede anticipar? Ah! (*Se inclina y besa la frente.*) Catalina! Dios mio! Dios mio! se ha estremecido!... me parece... mi voz ha ido á buscar su alma hasta el fondo de su sueño. Oh! Catalina, Catalina! vuelve en tí, no mas pensar en la muerte... la vida, la vida... contigo feliz ó desgraciada en la alegría ó en la desesperacion. (*Ruido.*) Pero, Dios mio! la vida!... la vida! Qué desgracia! (*Volviéndose hácia la puerta del panteon, que se abre.*) Quién viene aqui? Qué imprudencia! no he cerrado esta puerta despues de salir todos. El rey!... (*Dando algunos pasos hácia la ventana se hace atrás con espanto.*) El rey aqui? (*Vuelve á la tumba é inclinándose hácia ella.*) Deidades de las tinieblas, pese sobre sus ojos vuestro sueño de hierro; y no vuelvan á abrirse jamas si han de abrirse ahora.

ESCENA II.

ENRIQUE. ETHELWOOD.

Enr. (*Despues de haber cerrado la puerta y encontrándose un instante en la oscuridad.*) Duque de Dierham, dónde estais?

Eth. Aqui estoy, señor. (*Yendo al rey.*)

Enr. Bien, Ethelwood... bien; vos sois leal... gracias: dónde está ella? (*Apoyándose en él.*)

Eth. Alli. (*Mostrándole la tumba con la mano.*)

Enr. Agradezco, milord, el haberla hecho depositar en el panteon de vuestra familia... Ocho dias despues os doy mi palabra real de que hubiera dormido en el de Westminster.

Eth. Señor, la muger en que V. G. se habia dignado

poner los ojos durante su vida, debia ser aun despues de su muerte un objeto de respeto y veneracion para mi. Pero cómo ha bajado V. G. solo?

Enr. He querido verla una vez antes que la tumba se cerrara sobre ella... Cuando las gentes de mi servidumbre que os acompañaron ayer volvieron á decirme que la habiais encontrado muerta, y os habiais quedado para cumplir los últimos deberes, no quise dar crédito á esta noticia... y comprendes tú esto, Ethelwood... yo que permaneceria impasible si viese la caida de mi trono, al oir la muerte de esta jóven sentí que mi corazon se oprimia, que mis ojos se llenaban de lágrimas!... ah! es preciso que yo la vea una vez todavia! (*Ethelwood con una resolucion desesperada lira de su puñal con una mano, y con la otra levanta el velo que cubre á Catalina, y tomando la lámpara la acerca á su rostro.*)

Eth. Miradla pues, señor.

Enr. (*Mirándola con atencion.*) Muerta! Muerta!... (*Levantando los ojos al cielo.*) Mucho he ofendido á Dios!... una estrella se levantaba sobre la Inglaterra y sobre mí... el soplo de la muerte la apagó!... y esta muger quizá me hubiera hecho mejor y mas justo, ella hubiera disipado la tristeza que como una nube envuelve mi alma. Miserable poder humano, tan grande para destruir, tan inútil para dar vida!

Eth. Señor, en nombre del cielo...

Enr. Llamarse Enrique VIII, ser rey de Inglaterra, tan grande como Francisco I, tan opulento como Carlos V, sin tener mas que respirar sobre una escuadra para lanzarla de un mundo á otro, ni mas que chocar su lanza contra su escudo para levantar un ejército, y sentirse aqui... delante de esta tumba, tan débil, tan impotente como el último de los seres creados en que termina la cadena de la vida!... ó estrechar una mano entre mis manos reales, y no poder calentarla!...

Eth. (*Tocando la otra mano.*) Toma esta mano, Enrique, yo te lo permito; esta mano aun está fria...

Enr. (*Poniéndole un anillo en el dedo.*) Catalina!... lleva al menos á la tumba este anillo que no has podido llevar sobre el trono... ah! si pudiese volver á

comprar su vida, qué rescate real daria por ella!... Qué quereis, Dios mio, y qué pedís por inflamar segunda vez esta alma?

Eth. Maldicion!... su corazon empieza á latir!...

Enr. Señor, Señor, no teneis dos balanzas para pesar los destinos humanos?... es cierto que soberanos y súbditos son todos iguales á vuestros ojos?... y la muerte entra con paso tan indiferente en el palacio como en las cabañas?... las rodillas pues que se doblan, la testa coronada que implora, no pueden obtener de vos mas que un miserable fraile en su celda, ó que un desdichado leñador en su choza?... una pobre muger era únicamente la que os pedia que le volviérais á su hija muerta, y sin embargo tomásteis la mano de su hija y dijisteis: Levántate!... y ella se levantó... pero tambien aquella muger... era una madre!...

Eth. (*Oyendo.*) Ella respira!... Señor, no podeis quedaros aqui por mas tiempo. Esos lamentos son una profanacion, esas palabras, blasfemias para tentar el poder de Dios.

Enr. Pero salir... no puedo; no puedo separarme de esa tumba.

Eth. Maldicion!... vuelve en sí!... Señor!... Señor! dejemos dormir á los muertos en sus sudarios, ó temblemos no se levanten ante nosotros, y nos maldigan por atrevernos á turbar asi su último sueño. (*Se lleva al rey.*) Venid... venid!... (*Sale con el rey, y cierra la puerta del panteon con llave.*)

ESCENA III.

CATALINA *sola: levanta un brazo que vuelve á dejar caer.*

Cat. Ah! Dios mio!... qué sueño de plomo!... me parece que estoy atada á esta cama... y que me seria imposible levantarme. (*Se incorpora sobre las manos.*) Mis ojos no pueden (*Llevando la mano á su frente.*) abrirse... Cómo pesa mi frente... Ah! me he acostado (*Tocando su corona blanca.*) con mi corona. Kennedy, Kennedy... de noche todavía!... Oh! hubiera creido

que era de dia... Tengo frio!... tengo miedo... (*Baja de la tumba y se deja caer casi sobre la escalera.*) Oh! me he lastimado!... escaleras... una lámpara... mármol!... (*Tocando el monumento.*) una tumba!... (*Levantándose asustada.*) una sábana... (*Anda llevando consigo el sudario.*) Oh, Dios mio!... Pero dónde estoy?... en una cueva fúnebre, en medio de los muertos... Oh! Señor! Señor! (*Con espanto.*) si ellos levantaran las losas de sus sepulcros... si despertaran como yo y descendieran de sus tumbas... mientras estoy aqui sola... tan profundamente oculta en las entrañas de la tierra, que el ojo del mismo Dios apenas puede penetrar hasta mí!... (*Corre á la columna donde está el angel, lo abraza, y moja la mano en el agua bendita.*) Angel del sepulcro!... angel de la guarda de los muertos!... protéjeme. (*Pausa.*) Pero qué me ha sucedido?... Vamos... recordemos mis pensamientos. Todo está en calma: todo está tranquilo. Soy una loca en tener miedo. Ethelwood vino como de costumbre ayer, antes de ayer, no sé mas; despues he sentido dolores terribles... creí morirme, me desmayé... si, me acuerdo... y entonces... entonces... me han (*Con desesperacion.*) creido muerta y me han enterrado! ah!... viva!... viva! Y no hay salida... esa puerta... (*Corre á la puerta y pone la mano en la cerradura: no hallando la llave sacude la puerta.*) cerrada... misericordia!... (*Vuelve á bajar la escalera precipitadamente y viene á caer de rodillas en medio del teatro.*) misericordia, Dios mio! (*Se agovia y queda casi desmayada.*)

ESCENA IV.

CATALINA. ETHELWOOD.

Ethelwood abre la puerta del fondo, la vuelve á cerrar, va derecho al sepulcro, y viéndole vacío esclama:

Eth. Catalina!
Cat. Me llaman?... (*Incorporándose sobre un brazo.*)
Eth. Catalina?
Cat. Aqui estoy... (*Levantándose de un salto.*)

Eth. Ah! (*Precipitándose hácia ella.*)
Cat. Ethelwood... me he salvado!... Ethelwood, amigo mio, qué me ha sucedido?
Eth. Déjame que te abrace primero...
Cat. Podemos salir de aqui?
Eth. Si, si: déjame estrecharte entre mis brazos, contra mi corazon, asegúrame de que vives, que vives para mi.
Cat. Sí, para tí, para tí solo... pero salgamos, salgamos... necesito que me dé el aire...
Eth. Catalina, algunos minutos aún, te lo suplico en nombre de nuestro amor... que acaba apenas de escapar de un horrible peligro.
Cat. Si, está bien. Pero, dime, (*Estrechándole.*) no me dejes!... cómo es que yo me encuentro aqui... en medio de estos sepulcros... sola, encerrada, metida en uno de ellos?... Cómo es que estás tú aqui?... Tú... venido como un angel para volverme á la luz, y para salvarme la vida... habla... veamos... qué es todo esto?
Eth. Sí, voy á decírtelo todo, porque ya llegó el momento de no tener secretos para mi angel querido.
Cat. Sabré quién eres?
Eth. Sí; puedo decírtelo con orgullo, pues pocos nombres se remontan tan alto en la historia de la antigua Inglaterra, tanto como el de los duques de Dierham.
Cat. Tú eres duque?
Eth. Si, Catalina mia; duque de Dierham, marques de Derby, par de Inglaterra, miembro de la cámara alta.
Cat. Ah! tú ocupas uno de los (*Abrazándole.*) primeros puestos del estado?
Eth. El rey solo es superior á los pares de Inglaterra, y aun éste no les da órdenes si no es llamándolos sus primos.
Cat. Y yo... yo participaré de todo eso; honores, gerarquia...
Eth. Dándote mi corazon, no te he dado todo eso, y ahora que te he dado todo eso, no estoy pronto á darte la vida?
Cat. Con que me llevarás á la corte?
Eth. Escucha.
Cat. Di, veamos.

Eth. Tú has oido hablar del rey Enrique, de sus amores sangrientos ó disolutos.

Cat. Sí.

Eth. Pues bien: desde que yo te amé una sospecha me roia el corazon, pensaba en Enrique, temblaba llevarte á la corte; pues para él nada hay sagrado, su boca real no tiene mas que aplicar su aliento sobre el honor de una muger para empañarle. Te oculté quién yo era, porque temblaba que una indiscrecion que te se escapase viniera á turbar mi dicha, que reposa enteramente en ti. Un año se pasó asi, un año de felicidad, durante el cual te veia todas las noches, en tanto que los dias, obligado por mi puesto á estar al lado del rey, procuraba engañar á cuanto me rodeaba, acerca de mis sentimientos secretos, fingiendo llevar mis deseos hasta la princesa Margarita.

Cat. La hermana del rey?

Eth. Oh! sí; pero eras tú quien me ocupaba todo el corazon y el pensamiento todo: eras tú, cuya memoria no me dejaba ni un solo instante...

Cat. Sí, sé todo eso, amigo mio; pero no me dices por qué...

Eth. Bien... todo lo que habia temido sucedió... hace cuatro dias te vió el rey!...

Cat. El rey me ha visto?... á mí?...

Eth. Sí.

Cat. Y qué?

Eth. Te ama.

Cat. A mí?

Eth. O cree amarte por lo menos, y te desea... ahora comprendes; desde este momento eramos perdidos los dos, si yo no hubiese encontrado un medio... un hábil alquimista me suministró, á precio de oro, un licor narcótico, cuya virtud soporífica produce un efecto rápido y enérgico... yo eché este licor en tú vaso, y cuando los enviados del rey vinieron ayer á buscarte para conducirte cerca de la princesa Margarita, que se habia dignado concederte una plaza entre sus damas de honor... hallaron á Kennedy llorando sobre mi hermosa Catalina; á quien todo el mundo creyó muerta, y que no estaba sino dormida.

Cat. Todo el mundo... y el rey tambien?

Eth. Su error es el que nos era mas esencial.

Cat. Y no tuvo ninguna duda?

Eth. Ninguna; porque lo que debió perdernos, nos salvó!

Cat. Cómo?

Eth. Mientras que estaba yo al lado de esa tumba y esperaba tu primer aliento, tu primer suspiro, tu primera mirada... el rey, desconfiado sin duda, apareció en esa puerta.

Cat. El rey!...

Eth. Bajó esas escaleras, vino hácia esa tumba en que yo le aguardaba con un puñal en la mano; porque, te lo juro, Catalina, su primera sospecha hubiera sido su muerte.

Cat. Vos hubiérais matado al rey, milord?

Eth. Primero que perderte. Oh! no hubiera titubeado, te lo juro!... Pero todo nos ayudó: en vano puso este anillo en tu dedo...

Cat. Un anillo de boda!... (*Mirándole y apretándola.*)

Eth. Tu mano permaneció helada en la suya. En vano su voz te llamó, nada se despertó en ti para responder á esta funesta llamada!... En vano sus labios adúlteros sellaron tu frente con un beso, tu frente permaneció tan pálida como pura. De este modo ninguna sospecha, ninguna duda le queda. Tú eres para él presa de la muerte y del sepulcro. Gracias á mi digno alquimista, gracias!

Cat. Y no pensaste que este brebage podia ser mortal? Y si en vez de un narcótico te hubiera dado ese hombre un veneno?

Eth. Habia previsto ese caso.

Cat. Cómo?

Eth. No te eché mas que la mitad del frasco...

Cat. Oh! no importa, eso es horrible, vivir y que todo el mundo me crea muerta!

Eth. Y no me has dicho veinte veces en aquellas horas de amor tan dulces y tan rápidas, no me has dicho, angel mio, mi bien, que quisieras un mundo que no perteneciese sino á nosotros dos, para que nada pudiera distraernos ó separarnos?... Pues bien, ese mundo es tuyo... al lado del mundo de los vivos que se

cierra, se ha abierto otro delante de tí, un mundo de amor. Olvida pues el que dejas, como él te ha olvidado ya... Así que pueda abandonaré la Inglaterra... te llevaré conmigo á Francia: allí, pues que tú amas, y esto es muy natural siendo tan jóven y hermosa, allí, repito, pues que tú amas los placeres y la loca alegría de las fiestas reales, encontraremos una corte mas magnífica, y menos triste sobre todo que la de Enrique. Mis riquezas y mis títulos, que serán los tuyos, te asegurarán allí un puesto brillante... veamos... ah! dime que he hecho bien y todo esto te hace dichosa.

Cat. Si... pero hasta entonces dónde habitaremos?

Eth. En el castillo de Dierham, cuya bóveda es esta.

Cat. Lejos de Londres?

Eth. Sobre diez minutos de camino.

Cat. Allí nadie podrá verme?

Eth. Ah! tú te ocultarás á los ojos de todos.

Cat. Si es así, no habré hecho mas que cambiar de sepultura.

Eth. Catalina, ahora que lo sabes todo, ahora que el rey y su comitiva se han ido, dejemos este panteon.

Cat. Ya!...

Eth. Ven.

Cat. Mira primero si alguien puede vernos... si todo esto está sosegado, si la noche es bastante oscura.

Eth. Pero y tú?

Cat. Ah! yo me quedaré un instante aquí; no tengo miedo.

Eth. Tienes razon; voy allá. (*Vase.*)

ESCENA V.

CATALINA *sola.*

Sí, es admirable... todo me parece cambiado aquí despues de lo que Ethelwood acaba de decirme. Enrique VIII me ama. El rey de Inglaterra ha bajado á este panteon para volver á ver á la pobre Catalina Howard: cómo no me he despertado yo sobresaltada al ruido de sus pasos, al sonido de su voz?... se detuvo donde yo estoy. Sus pies estaban sin duda don-

de estan los mios... aqui es donde inclinó hácia mí su frente coronada!... aqui es donde puso sus manos reales. Hé aqui el anillo, el anillo de boda que me ha puesto en el dedo... Oh! pero él me ama ardientemente... insensata!... me cree muerta!... (*Apoya la cabeza en la tumba.*)

ESCENA VI.

CATALINA. ETHELWOOD.

Eth. Catalina! (*Desde la puerta.*)
Cat. Quién me llama? (*Incorporándose.*)
Eth. Catalina, ven, todo está tranquilo, sal de esa bóveda fúnebre.
Cat. Ethelwood, procura (*Yendo á él.*) que tu palacio me parezca tan bello!

FIN DEL CUADRO TERCERO.

Cuadro Cuarto.

Un cuarto del castillo de Dierham.

ESCENA VII.

ETHELWOOD, *delante de una ventana abierta, la cabeza apoyada sobre las manos.* CATALINA, *entrando.*

Cat. Señor!... (*Yendo á él y dándole la mano.*)

Eth. Ah! sois vos... seais bien venida para mi corazon. Cómo ha descansado mi hermosa Catalina en su nueva habitacion?

Cat. No he dormido un solo instante.

Eth. Y sin embargo, teneis los ojos brillantes y la tez sonrosada como si el sueño hubiera sacudido sobre vos todas las flores de la noche.

Cat. Es que la vigilia tiene algunas veces tan dulces ilusiones como el sueño: es que el placer y la esperanza ponen tambien brillantes los ojos y las megillas.

Eth. Sois pues dichosa?

Cat. Si, desde que me habeis prometido que no dejaríamos la Inglaterra.

Eth. Pero sino dejamos la Inglaterra, es preciso, mi bella duquesa, renunciar á este título, á los placeres de la corte de Francia, á la dicha de oir veinte veces al dia que sois bonita.

Cat. Vos me lo direis.

Eth. Pero os cansareis de oirlo siempre por la misma boca.

Cat. Oh! no!

Eth. Angel mio!

Cat. Dime, por qué me has confinado en los aposentos mas retirados de este castillo? Me parece sin embargo que la vista que se descubre desde esta sala es mu-

cho mas bella; y durante tus ausencias, pues segun me has dicho te verás obligado á ir de tiempo en tiempo á la corte, esta vista me hubiera servido de distraccion.

Eth. Este cuarto ha sido siempre el mio. Una variacion en mis hábitos hubiera podido dar margen á sospechas; mis pages, mis criados vienen aqui á tomar á todas horas mis órdenes; si cualquier estrangero se detiene en el castillo, aqui es donde se le conduce al instante: yá ves que todo lo habia meditado, y que era una cosa imposible.

Cat. Pero podré, no es asi, pues desde aqui creo que se descubre el camino, venir á este lugar á acechar tu vuelta, saludarte de lejos con mi pañuelo, y decirte por una seña lo que no podria decirte aun con la voz: ven pronto, que yo te amo, pienso en ti y te espero?

Eth. Pero no es tuyo todo el castillo entero, amor mio! Sí, vente aqui; pero jamas sin las mayores precauciones, no es asi? jamas sin cerrar esta puerta, como yo voy á hacerlo.

Cat. Decidme, es Londres el que se descubre desde aqui?

Eth. Sí.

Cat. Se puede ver el palacio de White-Hall?...

Eth. Vedle alli.

Cat. En él reside el rey, no es verdad?

Eth. Durante el estío habita en Greenwich.

Cat. Es ese palacio al que fue conducida Ana Bolena cuando subió al trono?

Eth. Cierto.

Cat. Ana Bolena creo que era de gran nobleza; fue el rey quien la hizo marquesa de Pembroske cuando no era aun mas que dama de honor de Catalina de Aragon?

Eth. Por qué me haces esas preguntas?

Cat. Es que me han contado que cuando ella se trasladó del palacio de Greenwich á Londres llevaba una comitiva real; pasó el Támesis en una barca con las armas de Inglaterra, seguida de otros cien barcos, llenos los unos de oficiales de la casa real, los otros de damas, nobles y de músicos: dime, es verdad que cuando puso el pie en la ribera le echaron sobre las

espaldas un manto de reina, y que subió en una litera de raso blanco, abierta por todos lados, á fin de que el pueblo pudiera contemplar á su gusto á la que iba á reinar sobre él? Kennedy es quien me ha contado todo esto.

Eth. No te ha engañado.

Cat. A los dos lados de la litera, no es verdad? marchaban el condestable y el gran mariscal; detras venian las señoras de la alta nobleza de Inglaterra, los embajadores de Francia y de Venecia; despues tres gentiles-hombres montados en magníficos caballos; no es cierto? (*Reparando el mirar fijo y admirado de Ethelwood.*) que vestida con esa magnífica gala y con esa espléndida comitiva llegó Ana Bolena á la puerta del palacio de White-Hall, donde la esperaba el rey?

Eth. Y tres años despues salió por la misma puerta vestida de negro, y acompañada de un solo sacerdote, para restituirse á la torre de Londres, donde la esperaba el verdugo.

Cat. Y habia merecido su suerte engañando al rey; porque al fin ella tiró, en presencia de toda la corte, en el torneo de Greenwich su ramillete á un caballero.

Eth. Estais admirablemente instruida en todas estas cosas, mi bella doctora, y este es un nuevo mérito que yo no os conocia. (*Va á besarla la mano; toca con sus labios el anillo que la dió el rey, y se estremece.*)

Cat. Qué es lo que tienes?

Eth. Nada.

Cat. Pero en fin?...

Eth. No me atrevo.

Cat. Veamos.

Eth. Y si es un sacrificio lo que voy á pedirte?

Cat. Habla, y veré si te amo bastante para hacerlo.

Eth. Esta sortija...

Cat. Y bien!...

Eth. Besando tu mano ahora la he hallado bajo mis labios; y esta sortija te la dió otro... Quieres tú conservarla?

Cat. No te parece que sienta bien á mi mano, y que hace resaltar su blancura?

Eth. Pero amor mio, tu mano es bien bonita y bien blanca sin ella... dámela.

Cat. Una sortija que viene de un rey es una cosa rara y es curioso el conservarla.

Eth. Sí, pero cuando ese rey la ha dado en prenda de amor...

Cat. Qué celoso eres!...

Eth. Sí, lo confieso, Catalina... Sí, soy celoso, y creo que es una felicidad que vivamos así, separados del mundo, pues lo que yo hubiera sufrido viéndote ser objeto de la adoracion y de los deseos de los demas hombres no puede esplicarse... Sí, yo hubiera tenido celos de todo, hubiera odiado al que hubiese tocado ligeramente tu ropa al pasar. Oh! Catalina, Catalina!... (*Echándose á sus pies.*) Sí, yo sé que todo esto es una locura, que soy un estravagante, un insensato; pero no importa, tú me compadecerás, tendrás piedad de mí, tú no me despedazarás el corazon conservando esta sortija.

Cat. Ethelwood... en el camino (*Levantándose.*) de Londres... hácia allí... ves una tropa de caballeros que viene por ese lado?... Toman el camino de tu castillo.

Eth. En efecto... Quiénes son esos hombres, y qué vendrán á hacer?... (*Se asoma á la ventana.*)

Cat. El se olvidará de la sortija... (*Aparte.*)

Eth. Pero no me engaño... Dios mio!... Él es... él... Qué me quiere todavía?

Cat. Quién?

Eth. Enrique de Inglaterra.

Cat. El rey!... (*Hace un movimiento para lanzarse á la ventana.*)

Eth. Sí, sí, el rey!... (*Rechazándola.*) Huye al instante, Catalina; (*Llevándola tras sí.*) vuelve, vuelve á tu cuarto, yo te lo suplico; y en nombre de nuestro amor, en nombre de mi vida!... ah! esconde mi tesoro á todos los ojos... (*Parándose en medio de la sala.*) Oyes el son de la trompeta... está ahí á la puerta... Sube, va á venir... Ya viene!... (*Echándola fuera. Catalina desaparece. Ethelwood echa el tapiz sobre la puerta por donde ella sale.*) Qué vendrá á hacer? Sabrá que le he engañado... Oh! no, pues entonces hubiera venido el gran canciller con él.

Un page. S. G., el rey. (*Anunciando.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE. ETHELWOOD.

Eth. Señor... (*Inclinándose.*)

Enr. Buenos dias, milord.

Eth. V. G. en mi casa, señor... qué honra!...

Enr. Necesito venir á buscarte á tu castillo de Dierham, pues que no vienes á verme ya á mi palacio de White-Hall.

Eth. Una orden de V. G., y en el mismo instante me hubiera presentado allí...

Enr. Sí, pero tenia que hablarte de cosas urgentes y secretas, y las paredes tienen allá tantos oidos abiertos al rededor de mi boca, que he preferido venir á decírtelas aquí ante estos viejos tapices. (*Catalina levanta el tapiz de la puerta y escucha.*)

Eth. Se dignará V. G. (*Presentando una silla, éste se sienta, y Ethelwood permanece en pie.*)

Enr. Gracias.

Eth. Ahora me atreveré á preguntar á V. G... cómo ha pasado desde hace dos dias la pena de que yo le he visto tan cruelmente acometido?

Enr. Tal es, milord, nuestra condicion real, que nada es nuestro, ni aun el dolor. Sí, sí, la herida está aquí, abierta y ensangrentada, pero la desolada Inglaterra muestra la suya abierta tambien y ensangrentada, y debo pensar en ella antes que en mí.

Eth. Cómo, señor...

Enr. Sí; Olivier, Saint-Clair y Maxwell han entrado en el territorio inglés á la cabeza de mil y quinientos hombres; todos los distritos del Oeste estan hechos fuego, y nosotros no tenemos para oponerles por este lado mas que á Tomas Dacre y á Juan Musgrawe con cuatrocientos ó quinientos caballeros y hombres de armas.

Eth. Señor, toda la nobleza que hay en Inglaterra se levantará, como sino fuera mas que un solo hombre, y marchará contra el enemigo comun.

Enr. Sí, milord; y yo soy quien la mandará; pero una guerra en Escocia, una guerra de esterminacion co-

mo la que quiero hacer allí no es una empresa de pocos dias, y durante mi ausencia Londres, viuda de su rey, queda espuesta á las intrigas de Carlos V y de Paulo III. Mi severidad para con los católicos, severidad que producirá su fruto en el porvenir, estoy cierto de ello, ha sembrado el descontento y el odio en el alto clero; no puedo pues salir de Londres sino dejando mi autoridad en manos fuertes y poderosas.

Eth. Señor, teneis al duque de Norfolk.

Enr. Hombre de guerra, y se acabó, que no tiene mas que un brazo y no cabeza.

Eth. Sir Tomas Granmer...

Enr. Que en el fondo del corazon proteje al clero católico, y que no ha adoptado la reforma mas que por conservar su obispado de York y su arzobispado de Cantorbery.

Eth. El conde de Sussex...

Enr. Ese es un jóven loco que atestaria mis archivos de decretos suntuarios sobre los golpes de las ropillas y el color de los vestidos. No, milord, necesito para virey de mi reino un hombre de corazon y de cabeza, de valor y de prudencia; es preciso, sobre todo, que este hombre me ame, y que ame aun mas que á mí á la Inglaterra: veamos, milord, pensadlo... no sabeis quién es el hombre que reune esas cualidades?

Eth. No señor, os lo juro.

Enr. Sois bien modesto, ó bien ciego, primo mio...

Eth. Cómo!... podria ser que V. G... hubiese pensado?...

Enr. Ah! tú adivinas por fin... Pues bien; sí, milord, tú eres el hombre que necesito, amado del pueblo, que le verá llegar á esa altura con placer; estimado de la nobleza, que te verá permanecer allí sin envidia. Ademas, óyeme, milord: tengo aun otra cosa que decirte: un proyecto que acallará la murmuracion en la boca mas atrevida.

Eth. Hablad, señor.

Enr. Hace un año que sueñas con una honra aun mayor que la que te ofrezco.

Eth. Yo!...

Enr. Tu boca, lo sé, no ha pronunciado una palabra que pueda vender tu secreto; pero tus ojos, milord,

han hecho que te descubran todos los que se han tomado el trabajo de leer en ellos... Milord, tú amas á mi hermana.

Eth. Señor...

Enr. He consultado ayer á la princesa Margarita acerca de sus sentimientos con respecto á ti.

Eth. No me ama... no.

Enr. Te ama.

Eth. Dios mio!

Enr. Esta vez por lo menos, mi corazon y mi política estan de acuerdo. Tú serás feliz, Ethelwood, (*Tendiendo la mano.*) y tu dicha asegurará mi tranquilidad; ahora dejando no solo un amigo, sino un hermano, gobernador del reino... parto sin temor, pues si me sucede una desgracia, como la ley me ha autorizado, vista la ilegitimidad de los nacimientos de las princesas María é Isabel y la debilidad de la salud del príncipe Eduardo, á nombrarme por mi sola autoridad un sucesor, (*Levantándose.*) te dejaré un testamento cuya copia tendrá el gran canciller.

Eth. Señor!...

Enr. Y bien!...

Eth. Es demasiada bondad para mí... tan indigno como soy.

Enr. Cómo?...

Eth. Si, porque no puedo aceptar nada de lo que V. G. me ofrece.

Enr. Qué quiere decir esto?... Milord, os habeis vuelto loco me parece.

Eth. Señor... comprendo cuán insensato, cuán ingrato debo pareceros... pero no puedo, señor, os lo juro, no puedo.

Enr. Milord!... reflexionad... (*En tono amenazador.*)

Eth. Señor, ya está reflexionado... (*Levantando la cabeza.*)

Enr. Rehusais la regencia del reino?

Eth. Estoy reconocido al honor que quiere dispensarme V. G... pero no puedo aceptarlo.

Enr. Rehusais la mano de la princesa Margarita?

Eth. Sé cuán poco debia esperar la oferta de semejante enlace... Asi, me hago justicia declarándome indigno de él.

Enr. Y no pensais que despues del amigo viene el rey, tras la súplica el mandato?

Eth. Señor, en nombre de lo que mas amais, tened compasion de mí: señor... salvadme de mi propio destino!... vuestra súplica ha hecho de mí un ingrato... vuestro mandato hará un rebelde.

Enr. Eso tendria yo curiosidad de ver.

Eth. Ah! yo suplico á V. G... (*Acercándose para tomarle una mano.*)

Enr. Apartad, milord!... (*Rechazándole.*)

Eth. Señor!... (*Llevando la mano á su espada.*)

Enr. Tened cuidado con eso, primo. Acabais de tocar la guarnicion de vuestra espada en presencia del rey, y ese es un crimen de alta traicion.

Eth. Qué haré!... Dios mio!... Qué haré?...

Enr. Milord, he visto lucir al rededor de mi trono fortunas mas brillantes que la vuestra, he soplado y se han apagado.

Eth. Lo sé...

Enr. Vos sois, creo, marques de Derby, no es cierto? Si, duque de Dierham, y aun ademas par de Inglaterra; teneis trescientos lugares, habitados por diez mil vasallos, sois rico y poderoso entre los príncipes... pues bien, yo puedo hacer trizas vuestros títulos y vuestras riquezas, y lanzaros á la borrasca y á la tempestad mas pobre y mas desnudo que el mendigo que se sienta á las puertas de mi palacio.

Eth. Podeis hacerlo.

Enr. Puedo conduciros ante la cámara de los pares, donde aun teneis vuestro asiento, acusaros allí de alta traicion, sí, de alta traicion, milord, porque habeis llevado la mano á la guarnicion de vuestra espada, y esto en nuestra presencia real.

Eth. No lo negaré.

Enr. Y cuando se haya pronunciado el juicio, el juicio de muerte, mostraros con el dedo el cadalso de Dudley, de Empson y de Cromwell.

Eth. Subiré á él.

Enr. Oh! eso es demasiado, milord, y veremos quién de nosotros dos cede primero. (*Da algunos pasos para salir. Ethelwood sigue.*) Quedaos.

Eth. Señor, yo soy aún marques de Derby, duque de

Dierham, par de Inglaterra: el castillo en que V. G. se halla en este momento me pertenece; una sentencia de la cámara alta no me ha declarado aun traidor... yo soy hasta ahora vuestro súbdito y vuestro leal vasallo; bajo este título tengo derecho para acompañaros hasta la puerta en que vuestra comitiva os espera, y es mi deber presentaros la rodilla para montar á caballo.

Enr. Venid pues, milord, pero yo os doy mi palabra real de que es esta la última vez que os dispenso este honor. (*Vanse.*)

ESCENA IX.

CATALINA *sola: se acerca lentamente.*

Es hermoso! ah!... ese es el rey, el que me ama, el hombre que ha bajado á mi tumba, que ha puesto en mi dedo este anillo de boda, que hubiera puesto en mi cabeza una corona... Cuán fuerte y poderoso es en medio de todo lo que le rodea; este hombre que necesita una isla para moverse y para respirar con libertad! Cuán débiles y pequeños son á su lado esos condes, esos marqueses y esos duques que forman la corte estrellada del sol de la Inglaterra! Oh! ahí están, (*Mirando por la ventana.*) todos con la cabeza desnuda é inclinada, mientras él pasa por medio de ellos con la cabeza erguida y cubierta... mas qué veo!... Ethelwood doblando la rodilla y presentándole el estribo... Ethelwood, un hombre, un noble, mi marido... qué vergüenza!... ah!... ya parte hácia aquella ciudad, cuyas puertas van á abrirse para recibirle, seguido de esa tropa de cortesanos, de los cuales ni uno solo osará sacudirse el polvo que el caballo del rey hará llegar hasta su frente!... Oh! rey, rey, sigue tu carrera, ensálzate con la bajeza de esos que te rodean; cuantos mas hombres pongas á tus pies serás mas grande tú, y lo será tambien mas aquella que hagas sentar á tu lado!... si yo enviudara!...

ESCENA X.

CATALINA. ETHELWOOD *entra pálido y desfigurado.*

Eth. Catalina!...
Cat. Aqui estoy. (*Siguiendo al rey con la vista.*)
Eth. Bien, bien: escucha, atiende; una pluma, un pergamino. (*Se sienta á una mesa y escribe.*)
Cat. Qué haces?
Eth. Dónde estabas tú mientras (*Escribiendo.*) el rey se hallaba aqui?
Cat. Detras de esos tapices.
Eth. Y has oido? (*Sigue escribiendo.*)
Cat. Todo.
Eth. Sabes que mis bienes estan confiscados?
Cat. Sí.
Eth. Que no tengo ya títulos?
Cat. Si.
Eth. Que hasta mi vida está amenazada?
Cat. Si, si; pero el rey se aplacará.
Eth. Y sabes por quién lo pierdo todo?... (*Levantándose y mirándola.*)
Cat. Sí, lo sé. (*Echándose en sus brazos.*)
Eth. Pues bien! el momento que yo esperaba ha llegado.
Cat. Qué quieres decir?
Eth. Ahora puedo devolverte lo que has hecho por mí.
Cat. Cómo?
Eth. Cuando tú temias que este licor narcótico fuese un veneno, te enseñé el frasco medio lleno todavia.
Cat. Oh Dios mio!
Eth. Pues bien, Catalina, mi bien amado, me toca hacer por nuestra felicidad lo que tú has hecho por la mia; me toca bajar, antes del tiempo señalado para mí, á la tumba, como tú bajaste; me toca morir para los hombres y para el mundo, y muerto para ellos renacer para tí.
Cat. Oh! no hagas eso.
Eth. Mira... (*Mostrándole el vaso vacío.*)
Cat. Vacio!... Misericordia!... quiero pedir socorro! quiero...
Eth. Silencio! y piensa que no tenemos ni un momento

que perder, mis instantes son contados, tengo mil cosas que decirte.

Cat. Ethelwood!... Ethelwood... en nombre del cielo... Ah! qué pálido se pone!...

Eth. Catalina!... oh! no te asustes: bien sabes que esta muerte es fingida. Ese pergamino que se encontrará sobre mí, indica que temiendo la cólera de Enrique, queriendo evitar la vergüenza del cadalso, me he envenenado... Mi muerte parecerá probable á todos, y nadie dudará de ella, porque tendrá un motivo evidente.

Cat. Ethelwood!... Ethelwood!... eso es tentar á Dios!...

Eth. Yo le he confiado ya un tesoro mas caro, que me ha devuelto. Déjame pues decirte algunas palabras, porque siento, oh! yo siento que viene la muerte. Escucha, yo soy el último de mi raza, sin familia, sin parientes, sin amigos tal vez. Muerto yo, mi nombre se extingue, y mis bienes pertenecen al rey. Oh! tranquilízate, me queda oro y pedrería bastante para comprar otro ducado.

Cat. Qué dices? (*Preocupada.*)

Eth. Digo que desde el dia en que se cierre sobre mí la tumba, nadie pensará ya en el último cadáver, que ella separará de la tierra de los vivos, nadie vendrá á arrodillarse á esta puerta y á decir llorando: Dios mio!... Señor!... era bien jóven, y vos sois bien cruel... Tú sola conservarás entre los hombres memoria y recuerdo de mí; tú sola pensarás en el que estará encerrado en aquel sepulcro, cuya puerta no podrá abrirse mas que con dos llaves.

Cat. Dos?

Eth. De las cuales una será remitida al rey, como mi heredero.

Cat. Y la otra?

Eth. A tí, como mi muger. (*Poniéndole una llave en la mano.*)

Cat. No, no; guarda esta llave, y cuando te despiertes te servirás tú mismo de ella.

Eth. Y quién la pondrá á mi lado? Has olvidado que tú no puedes asistir á mis funerales?

Cat. Ah! es verdad! (*Tomando la llave.*)

Eth. Bien: ahora, querida mia, ahora rodea mis últi-

mos momentos de dulces caricias y (*Poniéndose de rodillas.*) palabras tiernas; que en tanto que pueda ver lea en tus ojos un sueño de amor y de felicidad; que mientras pueda oir (*Catalina cae sobre un sofá.*) me digas que me amas con esa voz tan dulce, tan melodiosa, que me haria estremecer en mi sueño; porque tú estarás allí espiando mi vuelta á la vida, con la vista fija en mis ojos y la mano puesta sobre mi corazon. Ah!... (*Estremeciéndose.*) ese anillo aún, ese anillo... dámele.

Cat. Ahí está.

Eth. Cuánto te amo, y qué feliz soy con tu amor!... oh! Háblame pues, dime que me amas, que me perteneces, que eres dichosa en ser mia: oh! tus brazos!... tus brazos adorados!...

Cat. Ethelwood, amigo mio... no sé qué decirle. (*Le abraza convulsivamente.*)

Eth. Ah! no me abraces así; (*Incorporándose.*) no podria, no querria dejarte ni una hora. El fuego de tu aliento enciende mi sangre... me ahogo... Catalina!... Catalina!... (*Cae.*)

Cat. Ah! Dios mio! Dios mio! (*Inclinada sobre una rodilla apoyando la cabeza sobre la otra.*)

Eth. Ya no veo, ni oigo... tu mano... (*Apretándosela con fuerza.*) tu mano dónde está?... Oh! Catalina!... mi amor, mi angel, mi bien amado... A Dios, á Dios, hasta mañana. (*La cabeza de Ethelwood se desliza de las rodillas de Catalina y cae en tierra; Catalina contempla un instante el cuerpo tendido delante de ella; despues con los labios trémulos, pero sin hablar, le pone la mano sobre el corazon, y viendo que ya ha cesado de latir, le arranca del dedo el anillo real y lo pone en el suyo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cuadro Quinto.

Enrique VIII.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE. LA PRINCESA MARGARITA.

Margarita echada á los pies del rey, con la cabeza sobre las rodillas.

Marg. Oh! señor, señor, permitidme llorar delante de vos, pues vos solo podeis saber por qué lloro!... Le amaba tanto y hace tanto tiempo!...

Enr. Valor, hija mia!

Marg. Cuando antes de ayer estábais desesperado, como lo estoy yo ahora, os dije, valor, hermano mio?... No... yo os dije: llorad, teneis pues el corazon lleno de lágrimas!

Enr. Pero ya lo ves, yo he reconcentrado ese dolor, y nadie dirá ahora que he sufrido tanto.

Marg. Oh! Ese no era vuestro primer amor, y no hacia dos años que le guardábais en vuestro corazon como un avaro su tesoro! Ademas vos sois hombre y rey: entre la ambicion y la política una muger tiene poco lugar en vuestra vida... Pero yo, yo que no soñaba mas que una felicidad solitaria é ignorada, yo que deseo tanto bajar los escalones del trono, como otros desean subirlos... Decidme pues, Enrique, qué viento venido del abismo, en lugar de venir del cielo, sopla al rededor de vuestro palacio que seca asi todo lo

que es jóven y bello? Oh Enrique! Enrique!! Vos le habeis dado tanto á la muerte, que la muerte os lo vuelve...

Enr. Y sin embargo, te lo juro, Margarita, ni una sola de las sentencias que he dado pesa sobre mi conciencia, ni un solo espectro atormenta mi sueño: veamos, es la muerte de Empson y de Dudley la que me echas en cara? Pero no he hecho mas que confirmar el juicio pronunciado contra ellos bajo el reinado de mi padre. Es acaso la sentencia de Volseo, disipado prevaricador y asesino, que habia teñido su ropa de cardenal, no con la púrpura, sino con la sangre? Es la ejecucion de Fischer, reo de estado, criminal de alta traicion, á quien hubiese no obstante hecho gracia si Paulo III, enviando á la prision el capelo de cardenal, no me hubiese provocado á enviarle la cabeza del arzobispo? Es la muerte del cobarde Cromwel, de tan bajo origen para elevarse tan alto, que para subir hizo un escalon del cuerpo de su predecesor, y que los llantos de las viudas y de los huérfanos habian levantado hasta el trono? No hablo ya del suplicio de Ana Bolena, condenada no por mi, sino por un tribunal compuesto de pares, de generales y de arzobispos. Ellos y no yo la sentenciaron. Todo lo que yo he hecho ha sido aprobarlo... Oh! no, no, hermana; todo esto es obra de una funesta casualidad y no castigo de Dios. (*Se levanta y se pasea.*)

Marg. Hermano mio, (*Sigue arrodillada.*) vos habeis perdido mas que nadie, porque entre la nube de cortesanos que adulan al rey, era él el solo hombre que amaba á Enrique.

Enr. Lo sé.

Marg. Es una pérdida que hace vacilar el trono.

Enr. Lo sé.

Marg. Era lo mas noble entre la nobleza, lo mas valiente entre los valerosos.

Enr. Lo sé.

Marg. Y sin embargo vos sois el que le habeis amenazado, hermano mio!... Vos sois el que le habeis arrastrado á tan afrentoso estremo! vos sois la causa...

Enr. Calla, calla; arrojaria en el abismo que remolinea debajo de esta ventana mi cetro y mi corona, todo mi

real tesoro, por no haberle hecho las amenazas que le hice.

Marg. Sí, pero se las habeis hecho, hermano, y él ha muerto!... (*Se abre la puerta del fondo y aparece un ugier.*)

Enr. Silencio, Margarita... Hé aquí los miembros de la cámara alta, á la que él pertenecia, que vienen de despedir el duelo... Entrate en tu cuarto,

Marg. No; os ruego que me dejeis oir hablar de él... Su nombre será harto pronto olvidado... yo tendré valor, y estaré tranquila: nádie conocerá que he llorado y lo mucho que sufro y padezco... permitidme ver á los que acaban de dejarle y han cerrado sobre él la puerta que no se vuelve á abrir jamas.

Ugier. Los lores de la cámara alta.

Enr. Que entren.

ESCENA II.

DICHOS. LOS MIEMBROS DEL PARLAMENTO.

Los miembros de la cámara alta entran y se colocan en el fondo, mientras el rey sube al trono.

Sus. Señor, (*Llevando una llave sobre un cojin de terciopelo, se arrodilla delante del rey.*) hemos depositado en la última morada el mortal despojo de milord Ethelwood, marques de Derby, duque de Dierham, par de Inglaterra. Era el último y mas noble descendiente de una noble y antigua familia; hemos pues, segun el uso y segun la ley, cerrado sobre él la puerta del sepulcro, donde duerme entre sus padres; y yo, el mas jóven de la nobleza, he sido escogido para entregaros la llave, pues V. G. en calidad de rey de Inglaterra es el natural heredero de toda familia noble que se estingue. Hé aquí esta llave: ella ha separado para siempre del mundo de los vivos uno de los mas nobles corazones que han latido jamas en un pecho inglés.

Enr. Gracias, conde de Sussex. Poned ese cojin y esa llave sobre esa mesa. (*Un ugier le toma el cojin de las manos y le pone sobre la mesa.*) Gracias, señores y milores. Vosotros habeis perdido un compañero y yo

un amigo, y yo pienso, como lo pensais sin duda vosotros, que es una pérdida irreparable. Yo recibo esos bienes y esos títulos, no como una herencia, sino como un depósito; el hombre que los merezca por una lealtad parecida á la suya y por un valor igual, ese será su verdadero heredero!... Id, señores y milores, os damos gracias de nuevo, y rogamos á Dios os conceda su santa proteccion. (*Los pares se inclinan y se retiran lentamente.*) Ves, Margarita, esos hombres que se alejan? es la reunion de lo que la nobleza de Inglaterra tiene de mas distinguido, mas valiente y mas poderoso. Pues bien, escoge entre ellos, y cualquiera que sea el hombre que elijas, te juro que unirá á sus títulos los de marques de Derby y duque de Dierham, y á sus honores el de llegar á ser cuñado de Enrique de Inglaterra.

Marg. Gracias, Enrique; el mundo os conoce mal, vos sois bueno. No... el corazon que ha amado á Ethelwood no amará ya á otra persona mas que á Dios!... y de todas las riquezas y de todos los bienes de este mundo, nada quiero; nada mas que (*Ap. y cogiendo la llave.*) la llave de esa tumba. A Dios, Enrique; querido hermano, á Dios. (*Vase.*)

ESCENA III.

ENRIQUE *solo.*

Vamos, corazon mio, ciérrate tambien como la puerta del sepulcro, porque tambien el amor que encierras no es mas que un cadáver. Oh! Catalina! Catalina!

Ugier. Señor, (*Entrando.*) una jóven que desea una audiencia de V. G. aguarda hace una hora á esa puerta.

Enr. Una jóven!... qué quiere? Este no es mi dia de audiencia pública: que se dirija al gran chambeland.

Ugier. Es á V. G. solo á quien quiere hablar.

Enr. De dónde es?

Ugier. De Richemon.

Enr. Es cerca del pueblo donde vivia Catalina!... Que entre. (*Vase el ugier.*) Alguna compañera que la habrá conocido y que viene á pedir un dote para su amante.

Ugier. Entrad. (*El rey hace una seña al ugier, que sale.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE. CATALINA, *cubierta con un velo, se pára á la puerta.*

Enr. Qué quereis, hija mia? (*Catalina se acerca lentamente al rey, hinca una rodilla en tierra y le presenta el anillo que le dió.*) Mi anillo!... Quién sois pues? (*Aparta el velo á Catalina, que aparece pálida y con los ojos bajos.*) Catalina Howard!... Qué significa esto?... Dios mio! es una sombra?... es una realidad? (*Tomándola en sus brazos y levantándola.*) vive!... vive!... oh!... Pero yo os he visto echada en el sepulcro, envuelta en un sudario, pálida y helada como una estátua de mármol!... cómo ha permitido Dios que os levanteis del lecho mortuorio! oh! hablad, decid, decid... solo vuestra voz me probará que no sois una fantasma.

Cat. Señor, soy yo la primera muger que han creido muerta, que solo estaba desmayada, y que se despertó en el ataud en que la habian colocado?

Enr. Pero si eso es cierto, háblame con otra voz, con otro acento: que la vida vuelva á tus ojos, el carmin á tus megillas: ó sin esto no creeré, no podré creer... oh!... pero sabes que yo te amaba?

Cat. Me lo han dicho.

Enr. Sabes que bajé desesperado á tu tumba?

Cat. Me lo han dicho.

Enr. Sabes, en fin, que soy yo mismo el que te ha puesto ese anillo en el dedo?

Cat. Tambien me lo han dicho, y yo os lo devuelvo, señor.

Enr. Tu sueño era tan profundo que no te acuerdas de nada de lo que ha pasado durante el tiempo que dormias?

Cat. De nada.

Enr. Pero lo pasado?

Cat. Lo he olvidado.

Enr. Enteramente?

Cat. Si: yo no vivo, no quiero vivir, sino desde la hora en que he salido del sepulcro, y mis recuerdos no pasan mas allá. Mi existencia se dividirá en dos partes: la una perdida en la noche, la otra anegada en la luz!...

Enr. Pero mi amada Catalina, cómo has salido de la tumba?

Cat. Todo sepulcro (*Mirando una llave que tiene en la mano.*) tiene una llave que le cierra y que le abre.

Enr. Oh! Dios mio!

Cat. Qué teneis?

Enr. Me estremece la idea de que podias haber quedado encerrada en ese sepulcro, viviendo entre los muertos sin que nadie supiese que tú estabas allí!

Cat. Sí, eso hubiera sido horroroso! (*Sobresaltada.*)

Enr. Pero te lo figuras bien? Despertarse en el atahud, hallarse sola, esperar en vano un socorro que no llega, sentir los minutos, las horas que pasan, despues de venir el hambre!...

Cat. Atroz!... atroz! (*Los ojos fijos y llevándose las manos á la cabeza.*)

Enr. Y si yo hubiera sabido esto?... que en tanto que yo estaba aqui en mi palacio, disfrutando de la luz del dia, un ser amado, la mitad de mi corazon, sufria semejantes tormentos, envuelta en las sombras del sepulcro, apoyando su cabeza en el ángulo de una tumba, maldiciendo á Dios!...

Cat. Piedad!... (*Cae sin conocimiento.*)

Enr. Desmayada!... desmayada!... Dios mio!... no ha podido soportar semejantes recuerdos... le hace falta respirar el aire... (*La lleva junto á la ventana.*) Catalina!... mi bella Catalina!... vuelve en ti, nada tienes que temer. Dios no ha querido que tan jóven y tan hermosa fueses perdida para el mundo. Catalina!... vuelve á abrir tus bellos ojos!... que mi voz sea esta vez mas poderosa que lo ha sido la primera... Catalina!... Catalina!... (*Ella abre los ojos, que quedan fijos sin hacer movimiento alguno.*) Oh! ya vuelve... Me ves? me oyes?

Cat. Sí.

Enr. Y tu memoria?

Cat. Estoy en el palacio de White-Hall: hé aqui el trono: vos sois el rey, y me falta un anillo en esta mano.

Enr. Aqui está: guárdalo ahora para no quitártelo nunca.

Cat. Asi renovais á Catalina viva las promesas hechas á Catalina muerta?

Enr. Todas.

Cat. Oh! repetidmelas á mí, (*Mirando la llave.*) porque no las he oido, y tengo necesidad de oirlas. Hablad-me, señor, decidme aquellas palabras mágicas que adormecen los recuerdos, que encantan el espíritu y embriagan el corazon... Decid, decid, ya escucho.

Enr. Pues bien! si, todo lo que una muger jóven y hermosa puede imaginar en sus sueños mas adorados, lo tendrás: en todas partes hasta donde mi poder se estienda, tú dirás yo quiero esto y será tuyo... veamos, mi amada Catalina, estás contenta?

Cat. Seguid, seguid hablando.

Enr. Este palacio, este trono lo partirás conmigo, todos los encantos del lujo y del poder, tú los apurarás: los bailes, las fiestas, los torneos en que serás dos veces reina, se renovarán cada dia, para no dejar un momento de fastidio á tu corazon; y tú serás feliz, no es verdad?

Cat. Lo creeis asi?

Enr. Quién pues podria turbar tu dicha, escogida del cielo como eres... jóven, hermosa y amada...

Cat. Y reina? (*Levantándose.*)

Enr. Desde esta tarde, si, desde esta tarde; el arzobispo de Cantorbery nos unirá, y mañana, cuando te levantes con el manto real sobre los hombros, la corona en la cabeza, al frente de mi corte, de la Inglaterra, de la Europa, del mundo, proclamaré á Catalina Howard muger de Enrique VIII, y mi corte, la Europa, el mundo responderán inclinados ante ti: salud á la reina de Inglaterra y Francia!....

Cat. Señor, el agua (*Mirando por la ventana.*) que corre por debajo de esta ventana está muy profunda?

Enr. Es un abismo. Qué haces? (*Viéndola estender el brazo en que tiene la llave.*)

Cat. Yo nada. (*Soltando la llave.*) Me hago reina. (*Aparte.*) Señor, vuestra novia está pronta.

Enr. En ese caso!.. (*Cogiéndola en los brazos.*) espérame, Catalina, espérame, vuelvo.

ESCENA V.

CATALINA *sola.*

Vé, Enrique, vé, pues desde esta hora soy tuya sola-

mente... Oh, Dios mio!... Dios mio!... estoy realmente despierta, ó todo lo que me pasa no es mas que un sueño? Quién vendrá á hablarme ahora de crimen y de virtud?... á mi, que me devora la fiebre; á mi, que voy donde el torrente me arrastra, donde Dios permite que vaya, empujada por un soplo invisible, como el polvo de la tierra, como la nube del cielo!... Pero lo pasado? lo pasado es la nada, lo presente es alguna cosa, el porvenir, todo!... Yo vivo, existo; todo lo que me pasa es real: qué me importa lo demas?... Aqui está el palacio, ahi el trono... tengo el pie sobre el primer escalon: subo, me siento en él!... Oh!... si mañana fuese á despertarme en mi casa desierta de Richemon ó sobre la tumba del castillo de Dierham!... oh!... si soy realmente lo que creo ser, que venga alguno á decirme que todo esto es verdad, que reconozca mi poder, que se incline ante mí, que me salude como á reina.

ESCENA VI.

ETHELWOOD. CATALINA.

Ethelwood desfigurado y pálido aparece á la puerta del laboratorio de Fleming; llega lentamente al primer escalon del trono y allí se inclina.

Eth. Salud á Catalina Howard, reina de Inglaterra.

Cat. Qué horror! qué horror! (*Medio caida hácia atrás.*)

Eth. No hace mas que un instante que eres reina, Catalina, y ya lo ves, tus deseos estan satisfechos, tan pronto como manifestados.

Cat. Ethelwood!...

Eth. Ah!... tú me reconoces!... La tumba es una morada muy infiel, no es cierto? y tú la creias mas segura y mas profunda.

Cat. Misericordia!... Dios mio!... despertadme! no me dejeis ser por mas tiempo presa de este sueño infernal!

Eth. Ah! ahora es cuando tú quisieras que esto fuese un sueño. Oh! pero no, Catalina!... Estás despierta, no duermes!...

Cat. Pero entonces tú eres un espectro, una fantasma, una sombra?...

Eth. Si, para todos, escepto para ti... si, para ti vivo... para ti soy tu esposo... para todos eres viuda!...

Cat. Qué demonio te ha evocado de la tumba?

Eth. Tú has olvidado, Catalina, que habia dos llaves que abrian y cerraban la misma puerta; que yo te habia fiado la una, pero que la otra debia entregarse al rey... Has olvidado que habia dos mugeres, la una que me amaba, la princesa Margarita, la otra á quien yo amaba y ella á mi no; esta se llamaba Catalina Howard... cambiaron de papel estas mugeres; la que debia acordarse lo olvidó todo; la que debia olvidar se acordó... asi es que al abrir los ojos me encontré al lado de mi tumba á la una en lugar de la otra... y nada mas.

Cat. Oh! piedad, piedad!... Ethelwood... perdóname, huyamos, (*Yendo á él.*) partamos juntos... como tú lo querias primero. Aqui estoy envuelta en tu capa... sácame en tus brazos! ocúltame en cualquier rincon del mundo aislado y desierto... pero huyamos, huyamos!...

Eth. No señora, (*Rechazándola.*) es necesario que todo destino se cumpla aqui abajo... el mio como el vuestro.

Cat. Ethelwood!...

Eth. No ha sido bastante para vos, simple vasalla como erais, llegar á ser marquesa de Derby, duquesa de Dierham, esposa de un par de Inglaterra? habeis puesto el pie sobre todo esto, y habeis dicho: quiero ser reina!... Pues bien... lo sereis!... no habeis temido el amor de Enrique VIII... pues bien!... este amor os devorará!

Cat. Pero, tened piedad de mi!

Eth. Habeis querido una corona? la pondreis en vuestra cabeza y ella encanecerá vuestros cabellos! Habeis querido un cetro?... le tocareis y él secará vuestra mano!... Habeis querido un trono?... estais subida en él... pero al bajar tropezareis con el cadalso de Ana Bolena.

Cat. Oh! Dios mio! (*Llevándose las dos manos al cuello.*)

Eth. Ah! Para que cuando durmais tengais dorados sueños, señora, necesitais un lecho en que hayan dormido ya cuatro reinas? atreveos á cerrar en él los

ojos, Catalina, y dentro de ocho dias me repetireis lo que os hayan venido á decir á la hora en que los muertos dejan sus sepulcros... yo volveré á preguntároslo.

Cat. Os volveré á ver pues?

Eth. Lo dudas, Catalina? no estamos unidos delante del altar, y la muerte solá separa á los que el altar ha unido?... Sí, me volverás á ver. Los pasadizos mas secretos de este palacio me son familiares; y Fleming y la princesa Margarita me ayudarán y me guardarán secreto... Catalina Howard, que ha llegado á ser reina de Inglaterra, no es menos por eso marquesa de Derby... Mis derechos son mas antiguos que los de Enrique, señora, y tan fiel súbdito como soy, no puedo consentir en cederle mas que la mitad de ellos.

Cat. Pero qué es lo que quereis hacer?

Eth. Vos habeis subido al trono por una pendiente tortuosa y lenta; tratad, Catalina, de gozar de la dicha de haber llegado tan alto, porque descendereis por una pendiente escurridiza y rápida.

Cat. Pero no podeis perderme sin perderos conmigo.

Eth. Os lo he dicho, Catalina, mi destino será el vuestro en la vida y en la muerte... nosotros hemos dormido en el mismo lecho, nosotros subiremos al mismo cadalso, nosotros reposaremos en la misma tumba.

ESCENA VII.

DICHOS. ENRIQUE. *La puerta del fondo se abre: entran algunos* PAGES *y* CABALLEROS.

Cat. El rey!... Huid, milord, huid. (*Ethelwood se coloca detras de la columna inmediata al cuarto de la princesa.*)

Enr. Señores, hé aqui la reina! Saludadla. (*Todos se inclinan: despues se oye el grito de*)

Todos. Viva la reina! Viva Catalina Howard!

Enr. He tenido palabra, Catalina, he prevenido al arzobispo.

Eth. A mi vez tambien la tendré, Catalina, y voy á prevenir al verdugo. (*Entra en el cuarto de la princesa.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Cuadro Sexto.

El conde de Sussex.

Cuarto de la reina.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA *acostada, dormida sobre un sofá.* ENRIQUE *reclinado á su lado.*

Enr. Esta es la segunda vez (*Oyéndola soñar.*) despues de ocho dias que su sueño descubre no sé qué pena ó remordimiento! Para que el espíritu atormentado vele asi cuando los sentidos duermen se necesita una causa bien poderosa.

Cat. El rey me ama?... Ah! No, (*Soñando.*) tú no. Dormirse, no despertar ya... Esta llave... (*Estendiendo la mano.*) Esta agua... (*Abriendo la mano.*) Ah!...

Enr. Dicen que algunas veces cuando se habla á los que sueñan asi oyen y responden... Catalina?

Cat. Quién me llama? Quién ha bajado á este sepulcro?... Esta sortija... Yo quiero ser reina.

Enr. Pues bien, tú eres reina, Catalina; qué puedes desear aun?

Cat. La corona, la corona, los cabellos blancos... Si... un hacha!... el hacha de Ana Bolena... de rodillas... perdon!... ah!... (*Con los ojos fijos y llevando la mano al cuello.*) Dios mio!... (*Ve á Enrique y cae de rodillas á sus pies.*) No me hagais morir!... perdon!

Enr. Qué te he de perdonar?

Cat. Oh! vos bien lo sabeis, pues vos sois quien ha dado la orden... Pero no era un sueño... (*Mirando al rededor de sí.*) Oh! oh! qué horroroso sueño; y vos estabais ahi, señor?

Enr. Si.

Cat. Qué he dicho? ah! no se puede creer lo que se dice soñando, Enrique, vos lo sabeis, los desvarios son los hijos del sueño y de la noche, los hermanos de la locura... y se dicen muchas veces soñando cosas bien estrañas.

Enr. Tranquilízate, Catalina, (*Cuidadoso.*) no has dicho nada... algunas palabras sueltas y nada mas.

Cat. Ah! qué mas hubiera podido (*Respirando.*) decir? algunas locuras que no me atreveria á repetir, y esto es todo. De aquellas cosas que el corazon guarda para sí, no atreviéndose á confiarlas á la voz... Mirad, señor, es que le parece tan estraño á una pobre muchacha como yo, criada en la soledad, encontrarse de repente en un palacio, en medio de la magnificencia de una corte, mandar á todo un mundo de cortesanos que se apresuran á obedecerla... Amada de un rey, y de qué rey!... (*Echándole los brazos al cuello.*) de Enrique de Lancaster, del leon de Inglaterra, humillado, domesticado por mi...

Enr. Vuestros dos brazos me forman una cadena tan dulce, mi bella Catalina, que jamas tendré valor para romperla. Va á ser preciso, sin embargo, que por algunos instantes le desate. Me esperan en el consejo.

Cat. Un momento todavia. El consejo esperará la voluntad de V. G. Oh! yo tengo una rival de quien estoy horriblemente celosa, Enrique, porque la teneis mas presente en vuestra imaginacion que á mi misma, porque me roba las horas que debian pertenecerme; es la Inglaterra.

Enr. Hija mia!

Cat. Os amo tanto, Enrique, que me seria imposible olvidaros un minuto. Sin embargo, yo soy reina como vos rey. Yo deberia ocuparme en la Inglaterra, en los intereses de mi corona, de mi reino, de mis súbditos. Yo soy una reina bien mala, no es asi, Enrique, por tener tantas cosas en que pensar y no pensar mas que en vos?

Enr. Ignoro si sois una buena ó mala reina, Catalina. Pero lo que sé es que sois la mas peligrosa encantadora que ha perdido jamas el alma de un rey. Veamos; á esta hora debia yo estar en Escocia; y os parece digno del que vos llamais el leon de Inglaterra el dejar á Dacre y á Musgrave vencer á ese insolente Olivier Saint-Clair? Oh! teneis dos ojos que fascinan! Cuanto piden es necesario conceder, cuanto mandan obedecer. Dejadme (*Abrazándola.*) cerrarlos, para poder separarme de vos. A Dios, mi bella reina; el consejo entero, es decir, los pares de Inglaterra, esperan que sea vuestro capricho que yo vaya allá. Dejadme pues.

Cat. No, llevadme con vos. (*Levantándose.*)

Enr. Loca!

Cat. No soy yo reina? Y por mi calidad de reina no tengo derecho de presidencia?... francamente, creeis que no tendré tanta razon como milord Sussex?

Enr. Oh! si tal, y entre los dos juntareis casi casi la mitad de la que mi bufon tiene. Hasta luego, Catalina, y si tengo un momento de libertad, me escaparé del consejo para venir á preguntaros si pensais en mi.

Cat. Oh! si, haced eso! (*Vase Enrique.*)

ESCENA II.

CATALINA *sola: deja caer los brazos é inclina la cabeza, y su rostro manifiesta una profunda espresion de abatimiento y de tristeza.*

Ah! qué fatiga! (*Va hasta el sofá.*) Dios mio!... Oh! (*Se deja caer sobre él.*) Qué pronto se arrugará mi frente teniendo que aparentar tanta alegria, cuando mi corazon está tan triste! Yo creí que podria amarle porque era rey... amarle!... le tengo miedo... Fatigada de no poder cerrar los ojos en su lecho real, me he dormido un instante sobre este sofá!... Oh!... qué sueño!... él estaba ahí. Podia oirlo todo, descubrirlo todo. Y no necesitaba mas que haber pronunciado un solo nombre para ser perdida. Este nombre que me atormenta, despierta y en sueños, este nom-

bre que todos los demonios del infierno repiten danzando al rededor de mí; (*En este momento Ethelwood abre sin ser visto de Catalina la puerta que da á las habitaciones de la princesa Margarita: levanta la tapicería y se adelanta con lentitud.*) este nombre, que diré á mi vez tarde ó temprano... si el que le lleva continúa en perseguirme así, invisible y desconocido para todos, escepto para mí, que le reconozco á su primer gesto, á su primera mirada. Cuatro dias hace, en la caza, su caballo, su Ralph, que conozco tan bien, se cruzó con el mio; y sino hubiera relinchado al pasar, como si me reconociese, hubiera tomado al caballero y al caballo por dos fantasmas!... Antes de ayer sobre el Támesis, su barca chocó con la mia. Ayer en uno de los corredores de palacio, su capa tocó mi ropa; como los espectros está en todas partes. Ha encontrado pues el bezar encantado que hace á su dueño invisible!... Ha dicho que al cabo de ocho dias vendria á tomarme cuenta de mis sueños, y hace ocho dias que dijo esto. Oh! no me atrevo ni aun á volver la cabeza de miedo de verle de pie detras de mí, sombrío y amenazador, de miedo de oir su voz grave y sepulcral, decirme: Catalina, aqui estoy... Pero qué hacen mis damas de honor que me dejan así sola? (*Estiende la mano para tocar una campanilla: la mano de Ethelwood detiene la suya.*) Ah!

ESCENA III.

CATALINA. ETHELWOOD.

Eth. Un instante, Catalina.

Cat. Gran Dios! oh! oh! por dónde habeis entrado?

Eth. Por esta puerta que da á la cabecera de vuestra cama, y que comunica con las habitaciones de la pricesa Margarita.

Cat. Pero sois mágico para que esta puerta se abra así delante de vos, cuando yo misma (*Mostrando la llave.*) la habia cerrado?

Eth. Olvidais siempre que hay puertas que se abren y se cierran con dos llaves, Catalina?

Cat. Oh! esta (*Yendo á la puerta del fondo y la cierra.*) por lo menos... (*La cierra con la barra.*)

Eth. Pobre Catalina! héte aqui en el palacio de White-Hall como yo estaba en el castillo de Dierham, y tienes á tu vez tanto cuidado en ocultarme á los ojos del rey, como tenia yo en esconderte á sus miradas.

Cat. Oh! es que si el rey te viese aqui, seriamos perdidos, y perdidos los dos.

Eth. Asi te decia yo allá.

Cat. Qué me quieres ahora? veamos, habla.

Eth. Volverte á ver, saber de tí si eres dichosa en tu nueva fortuna, y preguntarte lo que haces de dia, y lo que sueñas de noche.

Cat. Dichosa! Ethelwood, no desearia semejante dicha al asesino de mi madre. Lo que hago de dia? tiemblo al menor ruido que agita al rededor de mí los arbustos de la ribera, los árboles del parque, los tapices del palacio: lo que sueño de noche? oh! tú lo sabes mejor que yo, pues que tambien me has pronosticado mis sueños, y estoy por creer que eres tú el demonio que me los envia. Oh! puedes estar contento, Ethelwood, estás bien vengado! soy bien desgraciada, y ya era tiempo de que tuvieses piedad de mí!

Eth. Piedad de vos, señora... sería muy estraño que una reina inspirase semejante sentimiento! Piedad de vos? Pero no teneis ya lo que tanto habeis deseado? pages serviciales, una corte numerosa, espléndidos vestidos, suntuosas habitaciones?

Cat. Kennedy!... mi vestido blanco, mi pequeño cuarto de Richemon, y tú, tú, mi Ethelwood, amándome como me amabas.

Eth. Sí, entonces era yo (*Sentado sobre una mesa al lado del sofá.*) el que estaba triste, y vos alegre; érais vos quien me preguntaba: qué tienes, mi Ethelwood? estás fastidiado? vos érais la que me deciais: quieres que te diga una cancion?... conoces estos versos?

Una palabra no mas;
Dila, yo soy soberano,
Acepta, hermosa, mi mano
Y reina al punto serás,
Y mi corte y mi corona
Se inclinarán ante ti.
Si.

Cat. Calla! calla!

Eth. Es el eco de otra época de tu vida; puedes impedirle que repita tus palabras? Ademas, el rey ha oido tu respuesta: la vasalla lleva una corona.

Cat. Oh! sí, para su desdicha.

Eth. Entonces (*Se levanta y se sienta en un taburete á los pies de Catalina.*) te pedí que me dijeras la continuacion de los amores del rey Roberto y de la bella Elisa; tú me respondistes que no la sabías. Quieres que te la diga yo?

Cat. A qué fin?

Eth. Ah! es que esta aventura tiene tal vez con la nuestra bastante semejanza, para que tomes en ella algun interes. (*Pone su gorra sobre el sofá.*)

Cat. Decid y haced lo que querais, vos sois dueño.

Eth. La bella Elisa respondió pues sí; y vino á ser reina.

Cat. Desdichada!

Eth. Pero olvidó una cosa: confiar á su real esposo sus amores con el arquero Ricardo: y habia en aquel tiempo una ley, cosa rara, parecida á la que ha hecho promulgar Enrique de Inglaterra, y que condenaba á muerte á toda jóven que despues de una union semejante se casara con el rey sin confesárselo.

Cat. A muerte!

Eth. Es cierto que el secreto no era conocido mas que de Ricardo... y que Ricardo era su cómplice...

Cat. Y esta ley condenaba á la misma muerte al cómplice que á la culpable, no es verdad?

Eth. Sí; pero qué es la muerte para un hombre que ha estado celoso, sobre todo cuando esa muerte le venga de la muger que le ha hecho sufrir todos los tormentos del infierno?

Cat. Dios mio!

Eth. Ricardo era arquero del rey: en calidad de tal podia habitar el palacio, entrar en sus piezas mas escusadas; y aun por una puerta, de la que se habia procurado la llave, penetrar hasta cerca de la reina. Ricardo no temia la muerte, porque habia estado celoso, y Ricardo queria vengarse.

Cat. Ah! (*Echándose atrás en el sofá.*)

Eth. Cuatro dias despues de su casamiento la reina le encuentra en la caza, y el caballo de Ricardo atro-

pella el suyo. A los dos dias la reina volvió á encontrarle sobre el Támesis, y la barca en que iba chocó con la suya. Al dia siguiente casi tropezó con él en un corredor, y su vestido se rozó con la capa de Ricardo. La reina le reconoció las tres veces, porque se puso descolorida. Sin duda que vuelta á palacio procuró buscar algun medio para librarse de aquel hombre.

Cat. Oh! vos no lo creeis asi, no es verdad?

Eth. Oh! no: puede ser que si hubiese estado encerrado en alguna cueva, cuya llave tuviese ella sola... puede ser que allí le hubiese dejado morirse de hambre y de sed; pero hacer que le diesen de puñaladas...

Cat. Oh! jamas, jamas!

Eth. Por otra parte, él llevaba á todo trance debajo de su vestido una cota de malla igual á esta. (*Abre su ropilla y muestra la cota.*) Porque si Ricardo no temia á la muerte, temia no vengarse... Al dia siguiente de haber encontrado en un corredor á su real amante, penetró hasta su aposento. El rey habia salido, estaba sola. Se sentó á sus pies como lo estoy yo ahora... á los vuestros; entonces la tomó las manos con que queria ocultar su rostro, y obligándola á que le mirase cara á cara, le dijo: Catalina!... no, me equivoco; Elisa, Elisa!... Fue nunca muger amada como vos lo habeis sido de mí, decid?

Cat. Jamas.

Eth. Ha hecho nunca hombre por muger mas de lo que yo hice por vos, decid?

Cat. Jamas, jamas.

Eth. Y fue jamas hombre recompensado tan atrozmente como yo (*Levantándose.*) lo he sido? Decid! Oh! Decid... decid pues.

Cat. Ah! por Dios!

Eth. Todo se lo hubiera perdonado (*Desesperado.*) á aquella muger... Su olvido, su ingratitud, su muerte misma, todo, á escepcion de verla pasar á los brazos de otro, prodigarle las caricias que á él solo le pertenecian... Ah! hé aqui lo que era imposible que le perdonase; hé aqui lo que no le perdonó jamas; hé aqui lo que causó la muerte de entrambos.

Cat. Su muerte! (*Se oyen las trompetas que anuncian la vuelta del rey.*)

Eth. Si, su muerte; porque mientras que la reina y su amante estaban encerrados, volvió el rey del consejo.

Cat. Milord, milord, esas trompetas (*Levantándose.*) anuncian que el rey viene! huid, huid!

Eth. Y como él no quiso huir... (*Inmóvil.*)

Cat. Pero es un designio infernal!

Eth. El rey llega á la puerta (*Se oyen los pasos de Enrique.*) del cuarto de la reina, y la encontró cerrada.

Enr. Soy yo, Catalina, abrid. (*Desde fuera.*)

Cat. Milord, milord! (*Suplicándole.*)

Eth. Y oyó dos voces que (*Levantando la voz.*) hablaban alternativamente.

Enr. Catalina, vos no estais sola, abrid.

Eth. Ah! (*Apartando á Catalina, que se cae.*) Enrique, Enrique, te ha llegado la vez de estar celoso.

Cat. Matadme al momento. (*De rodillas.*)

Enr. A mí, señores; echad abajo esta puerta, dadme esa maza.

Cat. Mirad, mirad! (*Señalando la puerta, que va cayendo.*)

Eth. Sí, es tiempo de que te deje. Hasta la vista, Catalina. (*Vase.*)

Cat. Dónde me ocultaré, adónde huiré!... Oh! Dios mio, Dios mio! Solo en vos tengo esperanza, tened piedad de mí. (*La puerta cede y aparece Enrique.*)

ESCENA IV.

ENRIQUE *con una hacha de armas en la mano.* CATALINA *temblando: varios soldados á la puerta.*

Enr. Qué es esto, quién estaba (*Apartando la puerta.*) encerrado con vos, señora? (*Yendo á ella.*) Miradme, y responded.

Cat. Estoy sola... lo veis, señor: nadie, nadie...

Enr. Sin embargo, esta gorra (*Ha mirado á todos lados y percibe de pronto la gorra de Ethelwood.*) á alguien pertenece.

Cat. Dios mio!

Enr. Su dueño no puede haber (*Yendo hácia la puerta.*) salido mas que por esta puerta, no es esto?...

Cat. Señor!... (*Corriendo á él.*)

Enr. Cerrada!

Cat. Es cierto. (*Respirando.*)

Enr. La llave? (*Volviéndose.*)

Cat. No sé dónde puede estar, señor.

Enr. Buscadla bien, y la encontrareis; buscadla os digo.

Cat. Me es imposible acordarme.

Enr. Buscadla con mas cuidado. Registraos bien.

Cat. Héla aquí. (*Sacando la llave de su bolsillo.*)

Enr. Bien!... Eso es, la punta (*Procurando abrir.*) de un puñal rota en la cerradura! Ah! vuestro cómplice ha tomado admirablemente sus medidas para no ser perseguido... pero se ha olvidado de que os dejaba á vos entre mis manos!... Sepamos quién es el que sale de aquí señora?

Cat. Yo os suplico...

Enr. Su nombre?

Cat. Ninguno! (*Suplicando.*)

Enr. Su nombre?

Cat. Ah! no puedo, señor... no puedo!

Enr. Ah! no puedes! Ana Bolena decia como tú: no puedo! y sin embargo yo encontré el modo de romper aquel silencio, y á pesar de que apretaba sus labios adúlteros, el dolor hizo salir de ellos el nombre de Norris. Por última vez, Catalina, el nombre de ese hombre?

Cat. Haced de mí lo que gusteis, señor; estoy á vuestra disposicion.

Enr. Asi, ni una sola palabra para defenderte; ni una sola palabra para justificarte; nada, nada que pueda hacerme dudar de que mis oidos me han engañado, que he creido oir, que he creido ver, y que nada de todo esto era cierto. Engañado!... engañado!... Vendido siempre, hasta por aquellos por quienes he hecho todo cuanto he podido hacer! Oh! Yo hubiera creido, á pesar de esta gorra, á pesar de esta puerta cerrada, hubiera creido... y mi amor hácia ella me hubiera hecho insensato!... Capitan de mis guardias, asegurad la persona de la reina y conducidla ante la cámara alta.

Cat. Señor!... señor!...

Enr. Y vos, Catalina, preparaos á responder á los jueces que condenaron á Ana Bolena.

FIN DEL CUADRO SEXTO.

Cuadro Séptimo.

Salon del Parlamento.

ESCENA V.

ENRIQUE. SUSSEX. GRANMER. MIEMBROS DEL PARLAMENTO.

Enr. Ya sabeis, señores, que la acusacion (*De pies.*) de traicion y adulterio lleva consigo la pena de muerte; asi yo renuevo la acusacion y pido la pena de muerte.

Pres. Milores, la cámara se considera suficientemente instruida?

Varias voces. Si, si, si.

Sus. No.

Enr. Cómo, milord!

Sus. Suficientemente instruida en cuanto al fuero esterno, si; pero en cuanto á la conciencia, no: el parlamento es un tribunal de independencia y de justicia, que no debe dar cuenta de sus fallos sino solo á Dios. Despues de dos horas que dura ya esta sesion, vos habeis acusado, señor, pero dónde estan las pruebas de la acusacion?

Enr. Muy bien, milord, muy bien: exhibiremos esas pruebas; mientras tanto empeñamos nuestra palabra.

Sus. Porque nosotros tenemos (*Continuando.*) el derecho de exhibir de V. G. esas pruebas antes de pronunciar la sentencia que ha de separar la cabeza del tronco, el alma del cuerpo, la reina del rey.

Enr. El adulterio la ha separado ya de hecho, mejor que puede hacerlo, y que lo hará, el hacha del verdugo.

Sus. Decia, señores, que antes de enviar (*Con grave-*

dad.) á Dios con la cabeza en la mano la que él nos ha enviado con una corona en la cabeza, debemos pesar religiosamente en la balanza de nuestra justicia la acusacion intentada contra ella, y no pronunciar el fallo, lo repito, sino cuando el platillo de sus faltas se incline tanto, que solo la misericordia divina pueda servirle de contrapeso.

Enr. Es decir, milord, (*Furioso, y poniendo un pie sobre la mesa que tiene delante.*) que cuando yo acuso, tú defiendes; que cuando yo afirmo, tú dudas; que cuando yo juro, tú niegas. Tú, milord, milord!... tú no te acuerdas ni quién eres, ni quién soy yo: tú te olvidas que Dios ha puesto en esta mano uno de los reinos mas grandes de la tierra, y que á medida de que yo la abra ó la cierre facilito el ambiente á catorce millones de hombres para que respiren ó se ahoguen.

Sus. Señor, V. G. se equivoca. Dios le ha dado el poder real, mas no el reino; el cuerpo, mas no el alma.

Enr. Y hé aquí por qué, señor de Sussex, cuando este cuerpo que nos está sometido encierra una alma que nos es rebelde, hé aquí por qué llamamos al verdugo en nuestra ayuda, para hacer salir el alma del cuerpo.

Sus. Y cuando el verdugo tarda, sabemos tambien que hay rey que lleva una daga al cinto, que hace maravillosamente el oficio de hacha.

Enr. Milord, milord!... (*Haciendo un movimiento.*)

Los pares. Conde, por favor... (*Rodean á Sussex.*) Milord de Sussex... vamos...

Sus. Apartaos, señores, que vea el rey que estoy solo y que pueda venir á mí, si tal es su designio.

Arz. Señor, la persuasion penetra al corazon por las palabras, y no por el puñal... V. G. ha hablado de pruebas.

Enr. Teneis razon, señor de Cantorbery, (*Entra la reina.*) y hé aquí la acusada, que viene por sí misma á suministrarme dos que vos no desechareis: su turbacion y su palidez. (*Aparece la reina: rumor en el pueblo.*)

ESCENA VI.

DICHOS. CATALINA. LAS DUQUESAS DE OXFORD *y* DE ROKEBY.

Ugier. Silencio, señores.
Cat. Milores, tendreis piedad de mí, (*Sentándose.*) no es cierto?
Arz. Y ahora, señor, tenga á bien V. G. repetir la acusacion delante de la acusada, porque tiene derecho á oirla y á contestar á ella.
Enr. Milores: hoy no son ya simples sospechas como las que concebí acerca de Ana Bolena, y justificó el proceso; es una conviccion que se introdujo en el corazon... por los ojos y por los oidos; yo he visto y he oido.
Cat. Ah! El rey se engaña, señores.
Enr. A mi vuelta del consejo encontré á esta muger, que he hecho reina, encerrada con un cómplice: he oido sus dos voces, he violentado la puerta...
Cat. Pero V. G. me encontró sola, señor.
Enr. Sí, pero la otra puerta, en cuya cerradura se habia roto la punta de un puñal para que no pudiese abrirse, la gorra que estaba á vuestros pies, señora, y sobre todo vuestra turbacion y vuestra palidez, vuestra confesion aun, puesto que habeis confesado que estaba alguno con vos...
Cat. Oh! no, no!
Enr. Lo habeis confesado; únicamente no habeis querido decir su nombre; pero no importa, señores, vosotros pronunciareis la misma sentencia contra la culpable presente y contra el cómplice ausente, á fin de que luego que vuestra justicia haya puesto la mano sobre él, no os molestemos para que pronuncieis dos sentencias. Asi pues, milores, reitero la acusacion de traicion y de adulterio hecha contra la reina Catalina: afirmo que he oido la voz de un hombre que estaba encerrado con ella, que he encontrado la gorra de este hombre en el cuarto y á los pies de la reina. Lo afirmo sobre mi honor y la religion, sobre mi corona y sobre el Evangelio; es decir, sobre cuanto hay de grande y de sagrado en este mundo. Ahora, milores,

el que despues de lo que acabo de decir manifieste la menor duda, desmentirá á su rey.

Pres. Qué teneis que responder, señora?

Cat. Oh! Milores, qué quereis que os diga? qué responder á una palabra tan poderosa como la de un rey? No se lucha contra el trueno y el rayo de Dios; se cierran los ojos, y se espera el golpe; se inclina la frente, y se recibe la herida. En cuanto á mí, no me siento con fuerzas, milores, para rebatir tan terrible acusacion: juzgad pues en vuestra clemencia, mas que no en vuestra justicia; lo que hagais será bien hecho, y desde ahora os doy gracias ú os perdono.

Pres. La cámara se considera suficientemente instruida?

Los pares. Sí, milord; sí, sí.

Pres. Vamos á deliberar.

Sus. Un instante, milores. Como mi conciencia me prohibe tomar parte en una deliberacion por cuyo progreso me es facil preveer el resultado; como este resultado será una sentencia de muerte, y esta sentencia de muerte un remordimiento ó una vergüenza para toda la cámara que la haya pronunciado, yo abandono este sitio en que hace cuatro siglos se sientan mis abuelos, el manto de par que me han legado: á contar desde este instante, no hago ya parte de la cámara alta, y vuelvo á entrar en la clase del pueblo; del pueblo que anula las sentencias y juzga á los jueces. (*Se quita el manto: deja su asiento y va á la balaustrada de los asistentes.*)

Enr. Está bien, conde de Sussex; admitimos vuestra dimision. No faltan, á Dios gracias, en Inglaterra nobles caballeros que llevarán tan bien como vos las insignias de los pares. Me retiro para dejaros deliberar, señores. (*Se va por la puerta del fondo.*)

Pres. Haced salir á la acusada.

Cat. Pensad, milores, que es un juicio de vida y muerte el que vais á pronunciar contra una reina. Pensad que no se le ha dado ni apoyo ni consejo; pensad en fin que es un rey quien la acusa, que es una pobre muger la que se defiende; y que, en tanto que vais á deliberar sobre su suerte, ella no podrá hacer mas que rogar á Dios para que toque en el corazon á sus jueces.

ESCENA VII.

LOS PARES *se reunen en grupo para deliberar.* GUILLERMO. JAKSON. *Hombres del pueblo entre los asistentes.* — UNA MUGER. — EL UGIER.

Guill. Y bien! Esta es la cuenta. Cinco reinas para un rey. Es verdad que las dos últimas no han reinado mucho tiempo.

Mug. Creeis que será condenada, señor Guillermo?

Guill. Pondria mi cabeza sobre un tajo. Ana Bolena no habia hecho tanto, y su proceso no fue largo á pesar de eso.

Jak. Yo vi ejecutar á la reina Ana.

Mug. Ah! es verdad que jamas confesó nada, señor Jakson?

Jak. Jamas; tan lejos estaba yo del cadalso, como lo estoy de aqui á la puerta de enfrente; oi todo lo que dijo sin perder una silaba.

Mug. Y qué es lo que dijo?

Jak. Pueblo de Londres! he venido aqui á morir cumpliendo la ley, despues de haber sido juzgada segun ella; no intento pues quejarme de la ley que me hiere, sino de sufrir su ejecucion. No quiero ni culpar á nadie, ni decir nada para justificarme... Pido á Dios que guarde al rey, y que multiplique los dias de su reinado sobre vosotros.

Mug. Pobre muger!

Jak. Y despues puso su cabeza sobre el tajo, y dijo: encomiendo mi alma á Jesucristo. Esta era la señal convenida con el ejecutor; asi, no habia ella acabado, cuando ya estaba hecho.

Guill. De un solo golpe?

Jak. De uno solo... Oh! el rey habia escogido un hombre muy hábil, el verdugo de Calés, que hizo venir espresamente.

Mug. Ese es el que irán á buscar aun?

Jak. Oh! desde entonces el nuestro ha tenido bastante práctica para hacerse la mano.

Ugier. Silencio, señores; el parlamento va á dar su sentencia.

Pres. Que vuelva á entrar la acusada.

ESCENA VIII.

DICHOS. CATALINA, *vuelve á entrar pálida sostenida por* DOS MUGERES: *oye el juicio de pie.* ENRIQUE.

Pres. El 9 de febrero de 1542, oida la acusacion hecha ante nos por S. G. el rey, y las pruebas suministradas en apoyo de esta acusacion, la cámara alta de Inglaterra ha reconocido á Catalina Howard culpable de adulterio, y la condena, con su cómplice desconocido, á ser decapitada á la entrada de la torre de Londres, y esto en el término de tres dias.

Cat. Ah! Dios mio! Dios mio! (*Haciéndose atrás.*)

Enr. Gracias, milores. (*Aparece por la puerta del fondo.*)

Pres. Señores, se levanta la sesion.

Sus. Todavía no, si el rey gusta, (*Estendiendo la mano.*) milord presidente.

Enr. Qué teneis que decir contra la sentencia?

Sus. Nada, señor, y reconozco que es tal como yo esperaba de la cámara.

Enr. Pues bien! Puesto que vos no haceis ya parte de la asamblea que ha pronunciado esta sentencia, vos no participais de la responsabilidad.

Sus. Señor, yo no soy ya miembro de la cámara, es cierto, pero soy siempre conde de Sussex. Me he despojado de mi manto de par, convengo en ello, pero he conservado mi espada de caballero, y es á ella, señor, si vos quereis permitirlo, á la que apelaré de la sentencia que acaba de pronunciarse. (*Atraviesa lentamente el teatro y va á arrodillarse delante de Catalina.*) Señora y reina, es un recurso bien débil el que os ofrezco, lo sé: pero, ah, señora, vuestra situacion es tan apurada, que este recurso es vuestra única esperanza en el mundo.

Cat. Qué quereis decir, milord? no estoy condenada?

Sus. Sí señora; pero teneis el derecho de apelar del juicio de los hombres al de Dios. Pedid el combate en el palenque... no se os puede negar: las antiguas leyes de Inglaterra os le conceden... y si os dignais elegir por vuestro campeon al hombre que está á vuestros pies, él no se levantará sino para proclamar vuestra inocencia, y la sostendrá no solamente de pala-

bra, sino con su espada. Es esto (*Volviéndose al arzobispo.*) lo que yo habia prometido hacer, señor de Cantorbery?

Damas de la reina. Aceptad, señora, aceptad.

Pueblo. Sí, sí. El combate, el juicio de Dios.

Ugier. Silencio.

Cat. Milord, qué me proponeis!... (*Tendiéndole la mano.*) os suplico...

Sus. No me levantaré, señora, sin que me hayais hecho el honor de creerme digno de defenderos.

Cat. Pero si ese combate os fuese fatal?

Sus. Mi vida es de mi soberana, y mi alma de mi Dios; si muero, cada uno habrá tomado lo que le pertenece.

Cat. Vos lo quereis, milord?

Sus. Lo suplico á V. G.

Cat. Milores, yo apelo al juicio (*Levantándose.*) de Dios, del juicio de los hombres. Pido el combate como prueba de mi inocencia, y elijo por mi campeon al conde de Sussex.

Sus. Gracias, señora, gracias. (*Levantándose.*) Ahora, milores, oid: Yo, Carlos Guillermo Enrique, conde de Sussex, á todos los presentes y porvenir, me presento para sostener lanza, hacha ó espada en mano, contra todos los que el demonio obligue á decir lo contrario, que la reina Catalina ha sido juzgada injustamente, y que está enteramente pura é inocente del crimen de adulterio de que se la acusa.

Una voz sobre el pueblo. Mentis, milord de Sussex!

Sus. Venga pues el que ha dicho esas palabras á recoger este guante. (*Un caballero perfectamente armado y con la visera calada se acerca lentamente á Sussex.*)

Cat. El es!... El es... (*Retrocediendo.*)

Damas. Quién?

Cat. La fantasma!... El espectro!... El demonio!...

Caball. Y yo, señores, en respuesta al desafio del conde de Sussex, afirmo aqui sobre el honor de mi sangre y de mi raza, que la sentencia pronunciada por el parlamento es una sentencia justamente pronunciada. Afirmo que la reina Catalina pertenecia á otro antes de pertenecer al rey, que se casó sin confesarlo, y que despues de su matrimonio ha recibido en su cuarto á su antiguo amante. En consecuencia de lo

que digo, recojo el guante de milord de Sussex, acepto su desafio, y suplico á S. G. que fije el dia del combate. (*Silencio por un momento.*)

Enr. Para mañana, señores, para mañana; los jueces del campo harán saber hoy á son de trompeta cuál es el sitio que hemos escogido y las armas que hemos designado. Os resta la noche, señores; aprovechaos de ella para cumplir vuestros deberes de cristianos, porque antes de veinte y cuatro horas puede ser que uno de vosotros comparezca ante el trono de Dios. La sesion se levanta, que se vuelva á conducir á la reina á la torre, y que se la deje comunicar libremente con su campeon.

Caball. Hasta mañana, milord. (*A Sussex.*)

Sus. Hasta mañana. (*Tendiéndole la mano sin dudar.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Cuadro Octavo.

Un cuarto de la torre de Londres: en el fondo una ventana grande que da á la ciudad, cerrada por cortinas negras: á la derecha un crucifijo, debajo del cual hay un reclinatorio; enfrente una puerta.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA. LAS DUQUESAS DE OXFORD *y* ROKEBY.

Cat. La muerte, la muerte (*De rodillas en el reclinatorio.*) me espera; seré degollada sin piedad, sin misericordia. Oh! este hombre tiene corazon de hierro? Pobre condé de Sussex!

Oxf. Hubiera sido preciso que llevase una armadura encantada para resistir á los golpes de su adversario.

Cat. Sí, bien lo he visto; todos los demonios del odio y la venganza animaban su brazo.

Oxf. Si me atreviera á recordar á V. G. que el rey ha permitido que monseñor el arzobispo de Cantorbery...

Cat. Sí, duquesa, sí, lo sé; Enrique, por mi calidad de reina, me ha concedido un príncipe de la iglesia para asistir á mis últimos momentos. Yo se lo agradezco, pero tal vez estimaria tanto un párroco de aldea. Para cuándo es, señoras?

Oxf. Para esta tarde á las seis.

Cat. Ah! Creeis que Enrique me hará morir? Cuando con una palabra, una sola palabra... no la dirá... eso le es tan facil sin embargo! No hay pues algun medio de salvarme, decid, señora de Oxford, señora de Rokeby?... (*Las dos lloran.*) Dios mio! Dios mio!... Oh!

—Dejadme, ya que en nada me podeis ayudar, dejadme sola. (*Se van las duquesas.*)

ESCENA II.

CATALINA *sola.*

Se oye la hora; se sienta en la almohada del reclinatorio: la campana suena dos veces; á la tercera campanada cuenta alto.

Tres, cuatro, cinco. (*Atenta y acongojada un momento.*) Las cinco! una hora todavía, y despues ya nada; y mañana el dia se levantará sobre mi tumba!... Oh! yo que debia ver brillar tantos dias, que debia oir sonar aun tantas horas! yo tan jóven, en el tercio apenas de mi vida, y ya con el brazo tendido tocando la eternidad!... Morir! esta palabra que en diez y ocho años ni siquiera se ha presentado á mi imaginacion, y que desde ayer hiere en cada latido mi corazon... morir! morir! Oh, Dios mio! Dios mio! y vos me dejareis morir? Kennedy, mi casita de Richemon, áquellas verdes praderas, aquellos sueños nacarados de mi juventud, y yo que me creia infeliz, no obstante, en medio de tanta dicha! Insensata de mi! Oh! si el rey me dijese, Catalina, yo te perdono, vuelve á tu retiro de donde te saqué, enagenada besaria yo sus manos, abrazaria sus rodillas... y si él quisiera podia hacerlo. Si le viese le rogaria, lloraria tanto que al fin, estoy segura, me perdonaria. Qué le importa al rey que yo viva ó que yo muera? mi muerte no le hará mas poderoso. Fuerza es que yo le vea. Oh! última esperanza mia, (*Tomando una sortija con un diamante.*) único resto de mi esplendor de reina, última seduccion que me queda que tentar... ven en mi auxilio!... Y el tiempo corre... las horas vuelan... Cuánto hará que han dado las cinco?... Yo he perdido la cuenta de las horas del dia. Oh! mi frente estalla en el latido de las arterias.

(*Apoya los codos en las rodillas, y se aprieta las sienes con los puños; mientras tiene los ojos fijos en la puerta, se abre esta lentamente y entra el verdugo, que se*

detiene junto al umbral, é inclina una rodilla en tierra. Catalina al verle se endereza en el reclinatorio; sus manos buscan los pies del Cristo, sin apartar la vista del verdugo.)

ESCENA III.

CATALINA. EL VERDUGO.

Verd. Sabeis quién soy yo, señora?
Cat. Me lo imagino. Vos sois... (*Le falta la palabra.*)
Verd. Sí.
Cat. Por qué estais de rodillas?
Verd. Vengo, segun costumbre, á pediros perdon.
Cat. Oh! mofa!... El verdugo pide perdon á su víctima de tenerla que herir, y la herirá sin embargo.
Verd. Por fuerza.
Cat. Decidme, no mirais (*Mirando su sortija.*) como horrible vuestro oficio?
Verd. Horrible!
Cat. Por qué os habeis dedicado á él?
Verd. Porque mi abuelo le legó á mi padre, y mi padre á mí.
Cat. Y vos le aborreceis, no es verdad?
Verd. Un tiempo fue en que hubiera dado la mitad de mi vida por poder seguir otro.
Cat. Y despues?
Verd. Me ha sido preciso acostumbrarme á él.
Cat. Y sois el único verdugo en Londres?
Verd. El único.
Cat. Y si dejaseis la ciudad, quién os reemplazaria?
Verd. Nadie.
Cat. Y tendrian en este caso que ir á buscar al de Calés?
Verd. Como sucedió con la reina Ana, y como yo quisiera que hubiera sucedido con vos.
Cat. Y durante este tiempo me concederian tres ó cuatro dias mas, no es cierto?
Verd. Sin duda.
Cat. Durante los cuales podria yo quizá ver al rey y obtener mi perdon... Amigo mio, (*Quitándose del reclinatorio.*) es menester que salgais de Londres.

Verd. Imposible.

Cat. Y por qué?

Verd. Quién daria de comer á mi muger y á mis hijos?

Cat. Y si yo os hiciese ricos á vos, á vuestra muger y á vuestros hijos?

Verd. Ricos!

Cat. Cuánto os paga el gran canciller al año?

Verd. Veinte libras.

Cat. Veis esta sortija?

Verd. Y qué?

Cat. Vale mil libras, es decir, una cantidad que necesitariais cincuenta años para ganarla; vuestra es si la quereis.

Verd. Y qué hay que hacer?

Cat. Huir de aqui nada mas. No os pido que me salveis, no podriais, lo sé: escaparme yo es imposible; pero vos!... nadie os observa, nadie imagina que aborreceis vuestro oficio! que lo aborreceis, si; vos me lo habeis dicho. Pues bien, salid de aqui, partid en este mismo instante; que cuando os busquen no os encuentren; volad con vuestra muger y vuestros hijos á las fronteras de Escocia ó de Irlanda; vuestros hechos pasados no estan escritos en vuestra frente; nadie sabrá quién sois, dejareis de vivir encerrado en un círculo de sangre, y os mezclareis con la sociedad de los demas hombres; no tendreis ya que pedir á nadie perdon; no volvereis á vuestra casa con las manos ensangrentadas, ni dejareis por herencia á vuestros hijos la infamia que vuestro abuelo dejó á vuestro padre, y vuestro padre á vos; despues pensareis alguna vez que al asegurar asi vuestra fortuna, salvásteis la vida de una reina, que rogará por vos en todas sus oraciones, para que Dios aparte de vos lo pasado, dejándoos el porvenir.

Verd. Esa sortija es mia, sin necesidad de correr tantos riesgos para poseerla. Los despojos de los reos son mi herencia.

Cat. Si, pero yo puedo regalársela á cualquiera de mis damas.

Verd. No las volvereis á ver mas.

Cat. Desde el cadalso puedo arrojarla en medio del gentío, y gritar que la dejo á quien la recoja.

Verd. Es tentar á un hombre horriblemente, señora, porque despues de haberle dicho con tanta imprudencia el precio de esa sortija, os esponeis á que yo os la arranque.

Cat. Probadlo pues, (*Llevando la sortija á la boca.*) y veremos si os atreveis á abrir el pecho de una reina para robarla.

Verd. Y decis que vale mil libras esterlinas, señora?

Cat. Mil libras.

Verd. Me lo jurais?

Cat. Sobre el crucifijo. (*Tendiendo la mano.*)

Verd. Dádmela pues, y parto.

Cat. Y sobre qué me jurais vos cumplir vuestra palabra?

Verd. Sobre el crucifijo tambien.

Cat. Juradmelo por la vida (*Meneando la cabeza.*) del menor de vuestros hijos; aprecio mas ese juramento.

Verd. Os lo juro, señora, por la vida de mi hijo menor, y que Dios me le arrebate, si falto á mi juramento. En cuanto tome la sortija saldré de Londres, para no volver nunca mas.

Cat. Héla aqui, partid. (*Le empuja y sale.*)

ESCENA IV.

CATALINA *de rodillas. Despues* EL ARZOBISPO.

Cat. Oh! Dios mio! Dios mio! Os doy gracias, pues creo que ya se cansó vuestra venganza.

Arz. Bien, hija, yo esperaba hallaros con esas santas disposiciones y en esta humilde postura, porque he encontrado al hombre que sale de aqui...

Cat. Se iba, no es verdad?

Arz. Sí, pero para volver bien pronto.

Cat. Para volver! Os ha dicho que volverá?

Arz. El no me ha dicho nada, hija mia; pero no os queda ya mas de media hora.

Cat. Es verdad, no me queda mas que (*Aparte.*) media hora para él... porque él no puede saber... Oh! no, no, (*Sonriéndose.*) él no sabe!...

Arz. Hija mia, qué ideas tan estrañas ocupan vuestra imaginacion, para que puedan en un momento semejante hacer sonreir asi vuestros labios?

Cat. Creeis, señor, que si pudiese (*Sin oirle.*) ver á Enrique, mis lágrimas, mis súplicas, lo que me resta de aquella beldad que amó, le ablandarian?

Arz. Dios tiene el corazon de los reyes en su mano derecha, señora, y como Dios es todo misericordia, no dudo que ya en este caso envie á nuestro soberano un pensamiento de clemencia.

Cat. Es necesario que me hagais ver al rey, señor de Cantorbery.

Arz. Yo, señora?... pero eso es imposible. Olvidais que dentro de algunos minutos...

Cat. Y si en lugar de algunos minutos me quedasen algunos dias?

Arz. La ejecucion se ha fijado para las seis.

Cat. Pero si la ejecucion no pudiera verificarse á las seis?

Arz. Quién lo impedirá, á menos que la víctima falte al verdugo?

Cat. El verdugo, que puede faltar á la víctima.

Arz. No lo comprendo.

Cat. Señor, lo que voy á deciros, pensad en esto, es el principio de mi confesion, y Dios os prohibe revelar el secreto de la confesion.

Arz. El vuestro morirá aqui.

Cat. No hay ejecucion (*Apoyándose en su hombro le habla á media voz.*) sin ejecutor. Pues bien, el ejecutor ha partido; cuando vos le habeis encontrado salia de aqui para no volver á entrar ya, y á estas horas ya estará fuera de Londres. (*Mas bajo aun.*)

Arz. Es posible!

Cat. Escuchad, señor; vos no me quereis mal; yo jamas os he hecho daño; asi no podeis quererme mal, y cuando os le hubiera hecho, aun sin saberlo, la religion de que sois uno de los primeros ministros os ordena no solamente perdonarme, sino que os ordena ademas tender la mano á vuestros semejantes en su desnudez, sostenerles en su debilidad, y socorrerles en el peligro... Pues bien, señor, tendedme la mano, sostenedme, socorredme.

Arz. Qué puedo yo hacer por vos? (*Rumor en el pueblo.*)

Cat. Escuchad!

Arz. Es el pueblo reunido en la plaza.

Cat. Espera su presa y ruge. Voy á escribir al rey, no es asi? Vos le entregareis mi carta, señor; me lo prometeis? (*Entra un guardia.*) Qué quereis?

Guardia. Perdonad, señora... (*Mirando á todos lados.*) Venia á ver... (*A otras personas que se supone estar en el teatro.*) No está aqui... (*Vase.*)

Cat. Veis, señor, no encontrarán (*Con alegria.*) al que buscan, me ha cumplido su palabra.

Arz. Dios es quien os proteje, hija mia; haré lo que quereis.

Cat. Oh! qué bueno sois, señor; os doy gracias, voy á escribir á Enrique; yo... (*Se oye el son de una trompeta.*) Qué es esto?

Arz. Yo no sé. (*Catalina le abraza.*)

Una voz desde fuera. Pueblo de Londres, el lord gran canciller, ministro de justicia, os hace saber que en el momento de la ejecucion ha desaparecido el verdugo; y que no queriendo retardar el efecto de la sentencia pronunciada, ofrece al que se presente en su lugar para hacer su oficio, la suma de veinte libras esterlinas, autorizándole ademas á cubrir para esta ejecucion su rostro con una máscara. Declara tambien que haciendo esto habrá llenado los deberes de un buen ciudadano. (*La trompeta suena algo mas lejos y se repite el mismo pregon.*)

Cat. Ah! señor, habeis oido?

Arz. Sí.

Cat. Pero no habrá bajo la capa del cielo un hombre tan atroz, no es asi, que se encargue de semejante comision?

Arz. Asi lo espero.

Cat. Escribamos... (*Sentándose.*) pero qué es lo que he de escribir? Decidme, señor, yo he perdido la cabeza.

Arz. Vos sabeis mejor que yo, señora, hablar la lengua mas á propósito para enternecer el corazon del rey.

Cat. Oh! nadie se ofrecerá, no es verdad, nadie querrá llenar este este horrible empleo! Sería un asesinato abominable!

Arz. Tratad de escribir, señora.

Cat. Enrique, con un pie sobre el (*Escribe.*) cadalso, al resplandor de un último rayo de esperanza, es cuando... (*Se detiene en este momento, y muestra al arzobispo un hombre enmascarado que entra.*) Veis, señor?... Es él! Es él!...

ESCENA V.

DICHOS. ETHELWOOD, *enmascarado.*

Eth. Estais preparada, señora?...

Cat. Es su voz, su voz maldita !... cómo le habia yo olvidado! Ah! señor, yo estoy perdida. (*Pasa al otro lado del arzobispo.*)

Arz. Por qué no tratais de suplicar á ese hombre?

Cat. A él, señor, á él! Seria lo mismo que suplicar al tajo.

Arz. Si es asi, hija mia, depositad en mi seno la confesion de vuestras culpas; y pues que no he podido salvar vuestro cuerpo, salve al menos vuestra alma. Estoy pronto, ya os escucho.

Cat. No puedo, señor... yo... yo... yo no me acuerdo ya.

Eth. Yo lo haré por ella, señor, porque yo me acuerdo.

Arz. Este hombre lo sabe todo?

Cat. Tan bien como Dios, señor.

Eth. Esta muger era una pobre muchacha, sin nobleza, sin parientes, perdida en el pueblo como una flor bajo la yerba, sin horizonte, sin porvenir. Es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad. (*Apoyando la cabeza en el hombro del arzobispo.*)

Eth. Un hombre la descubrió en su humildad, este hombre la amó... él pertenecia á lo que la Inglaterra tiene de mas noble y poderoso; podia seducirla, hacerla su dama, abandonarla luego... Se casó con ella. Algun tiempo despues le ofrecieron á este hombre llegar á ser hermano de un rey, virey del reino. Por conservarse todo entero á esta muger, rehusó lo que se le ofrecia. Es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad,

Eth. El haberlo rehusado le hizo perder su puesto, sus

bienes, sus dignidades, sus títulos... Pobre, y despojado de todo á causa de esta muger, no le quedaba mas que su vida: el insensato se la confió: se encerró en un sepulcro, le dió la llave de él, y esta llave, que él creyó confiar al angel de la vida, á la vista de un palacio, de un cetro, de una corona, la muger que veis aquí, muger que olvida sin tener remordimientos, esta llave, la sola que podia volver á abrir el sepulcro del hombre que lo habia sacrificado todo, que todo lo habia perdido por ella, bienes, clase, dignidades, títulos, ella la echó en un abismo, señor... esa llave!... esa llave!... Es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad. (*Cae sobre una rodilla.*)

Eth. Se hizo viuda para llegar á ser reina. Lo llegó á ser. Vos la habeis visto sobre el trono, señor, vos la habeis visto prodigando á otro los nombres de esposo y de bien amado. Es cierto que este hombre era rey; pero no confesando nada al rey, ella le engañó como habia engañado al duque. Un rey engañado se venga. La condujo ante la cámara de los pares. Vos os sentais en ella, señor; vos tomásteis parte en el juicio pronunciado, y esta parte no puede ser un remordimiento para vos ahora, pues veis cuán culpable era esta muger. Ella lo sabia, ella sabia que habia merecido su sentencia, y no una, sino mil muertes. Pues bien, en lugar de inclinar su frente bajo el peso de vuestra justicia, en vez de darse golpes de pecho diciendo: es mi culpa, é implorar la misericordia de Dios, aceptó la propuesta insensata del conde de Sussex; él le ofreció su espada, y ella no le dijo: soy indigna de ella; él le ofreció su vida, ella le degolló, al bueno, al leal, al noble conde de Sussex; porque es ella quien le mató, y no su adversario, pues que ella le dejó hacerse ante Dios el campeon de una causa que ella y Dios sabian que era injusta. Es verdad, Catalina?

Cat. Es verdad.

Eth. Y ahora, señor, ahora que vos conoceis todos sus crímenes tambien como ella y yo, absolvedla, padre mio, y despachaos, porque la culpable está de rodillas y el pueblo espera; va á dar la hora, y el ejecu-

tor está pronto. (*Sale por la ventana del fondo.*)
(*Rumor en el pueblo cuando ve á Ethelwood.*)

ESCENA VI.

ARZOBISPO. CATALINA. LAS DOS DUQUESAS.

Arz. Hija mia, vos reconoceis haber cometido todos los crímenes de que se os acusa?

Cat. Sí, padre mio. Creeis que Dios me los perdonará?

Arz. Dios es todo poderoso, (*Bendiciéndola.*) y su misericordia es infinita... En nombre de Dios yo os absuelvo.

Cat. Señoras duquesas de Oxford y de Rokeby, yo quisiera poder legaros alguna cosa en memoria de vuestra reina... pero pobre subí al trono, y pobre bajo de él... nada tengo.

Duquesas. Vuestra mano, señora. (*La besan la mano, y permanecen arrodilladas.*)

Cat. Marchemos, padre mio. (*Levantando la cabeza.*)

(*Sale apoyada en el arzobispo por la ventana del fondo á nivel del cadalso, al rededor del cual hay soldados con hachas: las cortinas negras se entreabren y vuelven á cerrarse. Las dos duquesas quedan en actitud de rogar en la escena, y se oye la voz del Heraldo que lee.*)

Heraldo. «Sentencia de la cámara alta, que condena á la pena de muerte á la reina Catalina Howard y su cómplice, y que fija la ejecucion á los tres dias de pronunciada esta sentencia, y la hora del suplicio á la séis.» (*Se oyen las seis: á la última campanada el pueblo da un grito.*)

Duquesas. Dios mio!... recibidla en vuestra misericordia!... Dios mio!... tened piedad de ella... (*Las cortinas se vuelven á abrir; se ve el cuerpo de Catalina cubierto con un lienzo: el arzobispo está de rodillas.*)

ETHELWOOD, *de pie.*

Eth. Ahora, señores, es necesario que la sentencia se ejecute en todas sus partes: yo he dado la muerte á la culpable. Hé aquí el cómplice. (*Arrancándose la máscara.*)

FIN DEL DRAMA.

17486